

sierto á la altura de unos cien metros; pero en vez de esto, observé que la transición era insensible; divisábase un horizonte limitado por grandes tallos de sorgho; colinas que se entreveían al acaso, y un suelo siempre árido.

*
**

Sin embargo, en los alrededores del primer pueblo se extendía una gran llanura de superficie desigual, unida en al-

gunos sitios como una tabla, y ofreciendo en otros montecillos erizados de enormes trozos de roca, sobrepuestos entre sí, como si algunos hombres de raza titánica se hubieran entretenido en agruparlos de aquel modo.

El baobab figuraba notablemente en aquel paisaje, pues no había otra especie de árbol en todas las partes cultivadas, sin duda por dos razones: la primera por falta de útiles propios para derribar semejante masa, y la segunda porque



UNA CARAVANA

el fruto de este coloso es el que produce la harina, que se utiliza en tiempos de miseria.

Las primeras palabras que oí en aquella provincia fueron las que pronunció

un hombre de cierta edad y formas vigorosas, que custodiaba unas vacas con cierta indolencia, pero que al acercarme yo manifestó la mas viva curiosidad por examinar á un extranjero vestido de fra-

nela blanca y cubierta la cabeza con su sombrero de corcho. Al divisarme exclamó con voz estentórea: «*Yambo mousoungon, yambo bana, bana.*»

El efecto producido por aquella voz fué instantáneo: apenas se oyó el nombre de mousoungon, cuando en todos los caseríos próximos percibióse un gran rumor; y á poco ví adelantarse presurosa á una multitud compuesta de hombres, mujeres y niños todos tan desnudos como Adan y Eva en el primer día de su existencia, y que se atropellaban y empujaban para seguirme, á fin de examinarme mejor.

*
**

Siempre que pasábamos por una nueva choza aumentábase la multitud con mas grupos, pareciéndome que todas aquellas gentes estaban poseídas de un delirio: hasta entonces me había comparado yo con un mercader de Bagdad que hubiese llegado al país de los Kurdos para vender sedas de damasco y otros artículos de comercio; pero luego debí considerarme como un animal raro de alguna colección zoológica.

Uno de mis soldados rogó á los curiosos que no gritasen de aquella manera; pero cerráronle la boca diciendo que era indigno de hablar con los Vouagogos. Yo me volví entonces á mis árabes para pedirles consejo; y el anciano Thani, siempre prudente, me dijo: «Dejadles que chillen; son perros que no hacen más que ladrar.»

Por fin nos detuvimos y se formó el campamento: los curiosos llegaban siempre, y á pesar de la empalizada espínosa, oprimíanse para ver al mousoungon, cuya presencia era ya conocida en todo el cantón. Una hora despues olvidé á los curiosos, sin cuidarme tampoco de sus esfuerzos, pues á pesar de la

quinina habíase vuelto á apoderar de mí la fiebre.

*
**

Al día siguiente franqueamos las ocho millas que nos separaban del Mvoumi occidental, pueblo que habitaba el jefe del distrito. La abundancia y variedad de los víveres que afluyeron á nuestra tienda, justificaban plenamente los relatos que me habían hecho sobre la riqueza de aquella provincia. No faltaron allí, entre otras cosas, leche en abundancia, maíz, sorgho, mijo, miel, habas, manteca, una especie de almendra, pastinacas, melones y pepinos. No se esperaba, como en otras partes, á que hiciésemos nuestras compras; los vendedores nos acosaban á porfía, aceptando en cambio de sus artículos los mas insignificantes pedazos de tela, cinturones usados y otros objetos de muy escaso valor.

Faltaba despues pagar el tributo, cosa importante, cuya omisión basta para encender la guerra. Dos esclavos de Thani, inteligentes y astutos, dotados de palabra fácil, conocían bien á los jefes del país, así como las costumbres, y fueron por lo tanto encargados de llevar de parte nuestra al sultan veinticuatro metros de telas diversas, los cuales se le daban como á cuenta.

El envío no pareció suficiente; y á pesar de la elocuencia de nuestros comisionados, no le quisieron aceptar. «Si yo tuviera solo veinte hombres de mi raza, armados de buenos rifles, dije yo á Thani, paréceme que nosotros seríamos los que cobraríamos el tributo de ese orgulloso jefe.»

El anciano árabe debió sin duda atemorizarse al oír mis palabras, pues me dijo al punto: «Es preciso ceder, creedme, pues de otro modo, estallarí la guerra; los pagaris desertarían y quedaríais

con vuestros bagajes á la merced de los vouagogos.»

Los esclavos volvieron á marchar, despues de darles ciento veinte metros de tela: una hora despues volvieron con las manos vacías, pero aun no había terminado el asunto: el jefe quería además setenta y dos metros de percal, y diez hilos de abalorios negros. Era necesario llevarlo todo con paciencia; enviósele lo que pedía; pero la segunda vez dijo que la tela del mousoungon no estaba bien medida; que la de los árabes, era de calidad inferior, y que por lo tanto exigía treinta y dos metros mas.

A mí me correspondían doce metros; mandé que los midiesen cumplidamente y se los dí á Bombay para que los llevase; pero los árabes protestaron entonces; Hamed estaba á punto de llorar, diciendo que se arruinaría, y que de los veinte metros que le reclamaba no daría sino ocho. El jefe se aprovechó de aquella cuestión para exigir que los otros doce metros fueran de una tela mejor; y no hubo mas remedio que ceder, lo cual hicieron los árabes, aunque lanzando mil imprecaciones contra aquel tiranuelo.

*
**

Al día siguiente abandonamos aquella residencia real, sacudiendo con gusto el polvo de nuestros zapatos. Todo el país que se extiende á nuestra vista era un vasto campo de grano; la tierra arcillosa, naturalmente poco fértil, estaba mejor cultivada que en ninguna otra de las localidades que habíamos atravesado desde la costa; por todas partes se veían pueblecillos: desde Mvoumi á la estación siguiente conté por lo menos veinticinco, diseminados en la llanura.

Aunque nuestras caravanas llegaron á primera hora á Matambourou, encontramos la misma afluencia de curiosos, do-

minados por la misma ardiente curiosidad; repitiéronse las carcajadas y exclamaciones, provocadas sin duda por nuestro aspecto ó nuestra manera de obrar.

El jefe, hombre de cabeza voluminosa y de anchos hombros, se mostró bastante razonable; menos poderoso que el otro, aunque disponía de cuarenta pueblos, teniendo fuerzas suficientes para oprimirnos si hubiese querido, contentóse con veinte metros de lienzo.

Al otro día, al encontrar apróximadamente las personas que se agrupaban en el camino para satisfacer su curiosidad, no me asombré ya de las exigencias de los jefes, pues era evidente que les hubiese bastado extender la mano para apoderarse de todo cuanto poseíamos. Entonces comencé á formar una opinión mas favorable de aquel pueblo, que conociendo su fuerza se abstenía de abusar, y que reprimiendo sus tentaciones, dejaba que pasasen las caravanas sin exigir mas que el tributo de tránsito.

Física y moralmente, los Vouagogosson superiores á todas las tribus que habíamos encontrado hasta entonces, hay en su frente algo de majestuoso; su fisonomía denota inteligencia, y la mirada de sus grandes ojos es por demás expresiva. Tienen la nariz chata y los lábios gruesos, pero no de esta manera exagerada que suponemos en la raza negra.

*
**

En resúmen, aunque violento y capaz de todo cuando le dominan las pasiones, el Mgogo tiene cierto atractivo; muéstrase orgulloso de su jefe, de su árido país, de sí mismo, de sus hechos, de sus armas y de todo cuanto le pertenece. Es vanidoso, fanfarrón, egoísta, dominante, pero susceptible de afecto y abnegación. Hará sacrificios solo por el afán de que se muestren agradecidas las personas á

quienes ama; y sin embargo, el vicio de su carácter, el que le hace censurable á los ojos del viajero, es su extremada codicia.

A pesar de su aspecto amenazador, de su carácter violento, altivo y pendenciero, aquel ser brutal se convertirá en un niño para el hombre que trate de comprenderle y que le estudie sin resentir su amor propio. En fin, lo repetiré, comprendiendo su fuerza y debilidad del extranjero, tiene suficiente dominio sobre sí mismo para reprimir su rapacidad.

Sus armas están fabricadas con mucho arte: consisten principalmente en un arco y agudas flechas; una lanza, cuyo hierro, de mas de dos piés de longitud, se asemeja á la hoja de un sable, de una hacha de armas y de una pequeña maza llamada rounkou. Como aprenden su manejo desde la infancia, á los quince años se sirven ya de ella con mucha destreza.

*
* *

Si se trata de alguna función de guerra, el mensajero del jefe corre de un pueblo á otro tocando su cuerno de buey. Al oír este llamamiento, el Mgogo vuela á su morada, de la cual sale á los pocos instantes con su traje de guerrero; lleva á la cabeza unas plumas de avestruz ó de buitre, y se cubre el cuerpo con un largo manto rojo; en su brazo izquierdo ostenta un escudo de piel de elefante, de rinoceronte ó de búfalo, ornado de dibujos blancos y negros; empuña con una mano su lanza, y con la otra sus jabelinas.

Pinta su cuerpo de un color apropiado para el caso; adórnase las rodillas con unas campanillas y las muñecas con numerosos anillos de marfil, que hace chocar entre sí para anunciar su presencia. En una palabra, abandonando el traje de campesino, se ha convertido en un guerrero poseído de ardor y de entusiasmo, que salta como un tigre y husmea como las fieras el campo de batalla.

Las viviendas de los Vouagogo, lo mismo que en el Oeste del Ousagara, están dispuestas en los cuatro lados de una área que rodean completamente y en la cual se abren todas las puertas: es el *Tembé*, que encontramos hasta en el borde del lago. En el terrazo que forma el tejado está el grano, la yerba, el tabaco y otras cosechas; en el muro exterior hay pequeñas aberturas que sirven de troneras; pero es tan frágil, que una bala de fusil podría atravesarlo; mientras que en el Oudyanzi constituyen las murallas una verdadera defensa.

Cada habitación, separada por un tabique de la que está contigua, sirve de albergue á una familia, cuyos hijos duermen sobre pieles. El lecho de los padres se reduce á una piel de buey ó una corteza de myombo. Unas ratas pardas, que tienen la cabeza muy larga, infestan las chozas: entre los animales domésticos, los gatos, las vacas y los carneros son los únicos que tienen la entrada libre; los perros permanecen siempre fuera.

Los Vouagogo admiten la existencia de un espíritu celeste, conocido allí con el nombre de Nouloungou, y al que invocan en ciertas circunstancias.

CAPÍTULO OCTAVO

SALIDA DEL DUGOGO.—MARCHA NOCTURNA.—HAMED ABANDONA LAS DOS CARAVANAS.—DESERCIÓN ONEROSA.—ABUNDANCIA.—GENTES PACÍFICAS.—PUEBLOS FLORECIENTES.—HAMED VUELVE Á DEJARNOS.—LA VIRUELA.—DESPUES DE LA GUERRA.—MARCHA FORZADA.—VASTA LLANURA.—FRONTERA DEL OUNYAMOENZI.—DIA DE FIESTA.

GL 7 de Junio, á las 7 de la mañana, el cuerno del Kirangozi resonó de pronto con más fuerza y más alegremente que nunca; acabábamos de salir de Dugogo, con no poca satisfacción de nuestros hombres, á quienes inquietaba el carácter poco sufrido de sus habitantes.

A las nueve descansábamos á la orilla del Dabougourou, que separa el Dugogo del Magounda-Mkali, y establecíamos nuestro campamento á una altura de cuatro mil quinientos piés sobre el nivel del mar. Yo estaba siempre con mis dos árabes, el excelente Thani y el jeque Hamed; este título de jeque se da cortesmente en aquella región á todos los árabes de edad madura y de cierta importancia.

Hamed, á quien habíamos confiado el mando de las tres caravanas, era un hombre flaco y pequeño, que compensaba la exigüidad de sus proporciones con una infatigable actividad. Jamás se entregaba al reposo; en el campamento se le veía siempre corriendo de un punto á otro, registrando de arriba abajo y molestando á todo el mundo.

Aquella noche nos habíamos acostado despues de una marcha de veinte millas: á la una de la madrugada brillaba la lu-

na en todo su esplendor; Hamed tocó el cuerno y nos gritó: «¡En marcha!» Era preciso estar loco.

*
**

Sin embargo, todos partieron en silencio; el termómetro no marcaba sino doce grados; el rocío parecía hielo. Los conductores, casi desnudos, apresuraban el paso para calentarse, y muchos de ellos se hirieron los piés al tropezar con las rocas, ó andando sobre las espinas.

Llegados á Ounyambogi, nos echamos todos en tierra y cada cual durmió profundamente. Cuando me desperté era ya muy entrado el día, y el sol me fatigaba los ojos. Hamed había marchado hacia dos horas, queriendo llevarse consigo á Thani, quien se negó á ello, manifestándole que no era justo proceder así.

Ninguna estación había sido más cómoda y agradable; era aquella en que con más razón debíamos deternos, pues no solo abundaba un agua excelente, sino buenos víveres: diéronnos seis pollos por dos varas de percal, y por el mismo precio un carnero ó seis medidas de grano, sorgho, mijo y maiz; en resúmen, aquella localidad era una ganga.

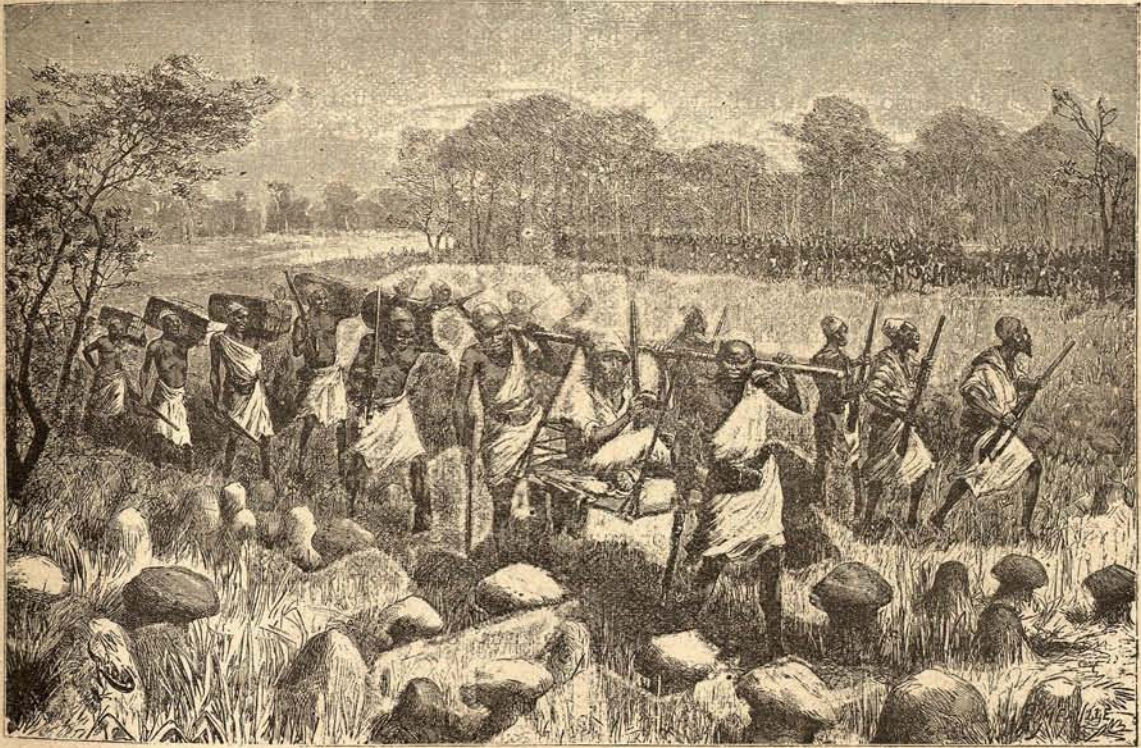
En la estación siguiente encontramos

al árabe Hamed más agitado que nunca; su esclavo favorito acababa de morir y tres de sus conductores habían desaparecido con sus respectivas cargas, llevándose las túnicas, las chaquetillas galoneadas, y los chalecos bordados de oro, con los que el jeque Hamed se había propuesto dar á conocer en el Ounyanyembé su categoría. Además de sus trajes de gala, perdía una buena cantidad de arroz, varios utensilios de cobre y dos fardos de tela.

Hamed buscó á sus desertores, mas no pudo encontrarlos; volvió á reunirse con nosotros y quiso adelantarse otra vez, lo cual no pudo conseguir, porque sus hombres no tenían ya fuerzas para ello.

Los nuestros se habían conducido admirablemente en las últimas marchas, y por eso les dí á cada cual un hilo de abalorios, á fin de que pudieran disfrutar de algunas de las buenas cosas que les ofrecía el país.

*
* *



SORPRESA DE UNA CARAVANA

Las gentes que habitaban entónces aquella localidad eran Vouakimbous, procedentes de los alrededores de Oouri, hombres pacíficos que prefieren los trabajos de la agricultura á los de la guerra, y la cría de animales á la conquista. Al menor rumor de guerra se llevan sus

familias y sus ganados á un punto solitario donde comienzan al punto á trabajar la tierra y á dar caza al elefante para utilizar el marfil. Aquellos hombres constituyen, sin embargo, una hermosa raza, vigorosa, y que al parecer podría medirse con cualquiera tribu vecina; pero está

debilitada por la desunión. Sus burgos, gobernados por jefes independientes unos de otros, no podrían defenderse, al paso que agrupándose bajo una sóla bandera, ofrecían al enemigo fuerzas respetables.

El 13 de junio, al cabo de una marcha de ocho millas, llegamos á Kousouri, último pueblo de Magounda Mkali, distrito de Djihoué la Singa.

Kousouri, como pronuncian los árabes es conocido con el nombre de Kounsoli entre las gentes que le habitan y que son Vouakimbous. Este es un ejemplo, entre otros mil, de la alteración que sufren los nombres del país.

Entre Ngaraiso y Kousouri está Kirouroumo, burgo que promete prosperar, y en cuya intermediación hay numerosos pueblecitos. Al pasar Kirouroumo, salieron sus habitantes á verme para satisfacer su curiosidad, y dijéronme que los soldados de mi primera caravana les habían prestado auxilio para ganar una batalla contra sus hermanos enemigos de Djihoué la Mkoa.

*
* *

Un poco más lejos atravesamos por una llanura donde Ben Mohammed, un anciano de noble cuna, había establecido su campamento. Cuando supo que yo me acercaba, salió á mi encuentro, invitándome á que le hiciera una visita. Su tienda le servía de harem, y por eso, sin duda, no me recibió dentro; pero puso en la parte exterior un tapíz para mí.

Después de las preguntas de costumbre acerca de mi salud, del camino y de Zanzibar, trató de averiguar el árabe si llevaba yo mucha tela, primera cuestión de que tratan todos los jefes de las caravanas descendentes, pues en su afán por adquirir marfil, gastan demasiado en sus compras y no tienen luego suficiente tela

para volver. Como no me quedaba sino uno de los fardos que tenía destinados á pagar mis gastos de viaje pude contestar negativamente sin ruborizarme. A los pocos momentos se presentó el jeque Hamed, que saludando profundamente quiso besar las manos del noble omani y le preguntó por su salud.

Durante cinco minutos se cambiaron entre los dos árabes diversas preguntas y respuestas acerca del viaje; después hubo una pausa para tomar aliento, y por fin preguntó el omani al jeque Hamed si llevaba tela. «Muy poca,» contestó éste, aunque poseía cincuenta y cinco fardos, lo cual sabía el omani tan bien como yo.

Después se habló de otra cosa; Ben Mohammed me ofreció con mucha galantería encargarse de las cartas y de varios pequeños paquetes que yo quería remitir á Zanzibar; y al saber que había dejado á Farquhar en Mpouapoua, prometióme ocuparse del enfermo y llevarse si se hallaba en estado de soportar el viaje. Por último, Ben Mohammed me envió á Kousouri, por conducto de uno de sus esclavos, un odre lleno de magnífico arroz blanco del Ounyanyembé. Este calificativo de blanco podría parecer inútil, aplicado al arroz; pero es necesario en aquella región donde el grano indígena tiene un color rojizo. La variedad blanca, cultivada por los árabes, que la han importado según parece, es muy superior á la del país. Mucho me hubiera alegrado de no aceptar el presente de Ben Mohammed, á causa de la respuesta negativa que le había dado; pero como lo necesitaba en gran manera, fué preciso resignarme.

*
* *

Por la tarde vinieron á verme varios cazadores de elefantes, naturales de Sahonahil, conducidos por un anciano que

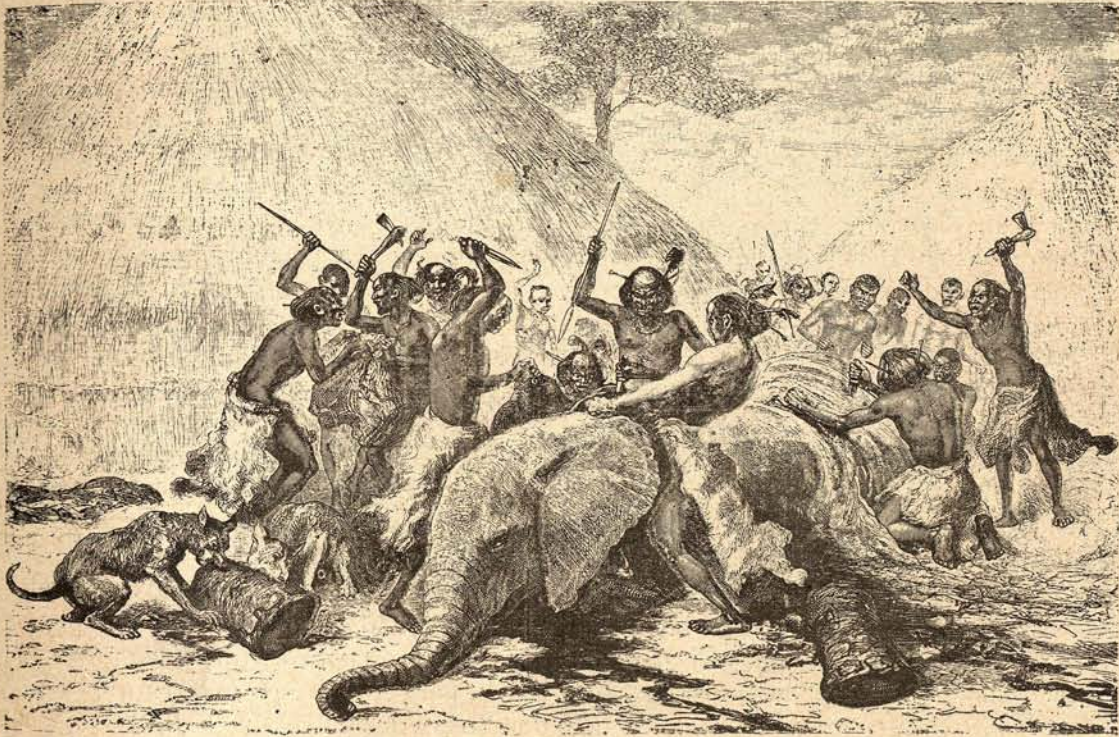
había sido jefe de Bagamoyo. Aquellas gentes que no me traían nada, pidiéronme papel y jabón, dos cosas que no podía darles, pues había perdido casi todos los artículos de este género en la travesía del pantano de la Makata.

Detúveme en Kousouri porque las marchas precedentes habían sido muy largas y me parecía necesario descansar un día, ántes de penetrar en la soledad que separa á Djihoué la Singa del distrito de Toura. Hamed que á pesar de sus

descalabros no se mostraba más prudente, nos abandonó al otro día, prometiendo anunciar mi llegada á Seid ben Selim, para que preparase un campamento.

El día 15, habiendo visto que el jefe Thani debería quedarse varios días en Kousori, porque muchos de sus conductores estaban atacados de la viruela, me despedí del buen árabe, emprendiendo la marcha con mis hombres en dirección al desierto.

Un poco ántes de medio día nos detu-



LA CAZA DEL ELFFANTE EN AFRICA

vimos en el campamento de Mgongo Thembo, que significa dormir de elefante, y que debe su origen á una especie de grupa pedregosa, cuya superficie, habiendo tomado un tinte pardusco por las influencias atmosféricas, ofrece alguna semejanza, según los indígenas, con

el lomo pardo azulado del gigante de los bosques.

*
**

En 1857, cuando pasaron por allí Burton y Speke, Mgongo Thembo era un

establecimiento floreciente, donde se vendía á los viajeros el producto de los cultivos; pero como quiera que en 1868 fueron maltratadas algunas caravanas por los habitantes, los árabes del Ounyan-yembé asaltaron los burgos, pegáronles fuego y destruyeron la obra de quince años de trabajo. No encontramos en lugar de los pueblos sinó restos carbonizados y espinos, entre los cuales iba desarrollándose la vegetación.

Sentámonos á descansar un rato bajo un grupo de palmeras que me recordaron á Egipto, las cuales se elevaban junto á un arroyo cuyas verdosas orillas formaban extraño contraste con el aspecto sombrío de las ruínas.

Allí tuve con mis hombres una viva discusión sobre si nos pondríamos desde luego en marcha para Madedita, ó esperar al día siguiente. Los pagazis opinaban por esto último; pero yo era el amo, y consultando mis intereses, insistí no sin chasquear mi látigo, en que marchásemos al punto.

A la una habían cargado todos, y nos poníamos en camino. El cielo parecía abrasado; hubiérase dicho que un torrente de llamas nos inundaba la cabeza; cuando el sol bajó, el calor llegó á ser sofocante; el aire que penetraba en nuestros pulmones era ardiente; bien pronto se nos secó la boca y la garganta; en las calabazas no quedó ni una sóla gota de agua cuando más nos devoraba la sed. Uno de los pagazis atacado de la viruela, se tendió en el suelo para morir; pero nadie se detuvo, pues en casos como este, la caravana, semejante al buque en medio de la tempestad, debe avanzar siempre. ¡Desgraciado del que se retarde; el hambre y la sed no esperan! ¡Pobre del que caiga en el mar cuando la tripulación está en peligro, porque nadie podrá salvarle!

*
**

Por último llegamos á Ngouhalah, donde hay cisternas pedregosas y profundas que contienen un agua fresca, abundante y dulce.

El Ngouhalah es un riachuelo que nace hácia el Norte, en el Oubanarama, país célebre en aquella región por sus magníficos asnos.

Después de extenderse por el Sur, y luego por el Sudoeste, el Ngouhalah, atraviesa el camino del Ounyan-yembé, inclinándose al poniente. Las señales que dejan las furiosas aguas no son ménos visibles que en el lecho del Malbougou-rou.

El día 16 nos hallábamos en el campamento de Madedita, así llamado por un pueblo que ya no existe: habíamos recorrido doce millas y media desde el Ngouhalah. A unos cien pasos del camino hay un estanque cuya agua es buena, único depósito que se encuentra hasta la estación siguiente. La tsetsé nos atormentó allí cruelmente, lo cual indica que el insecto acude al estanque para beber, aunque no prueba que habite en sus orillas; como éstas son tan frecuentadas por las caravanas, no es de creer se refugien allí animales salvajes, que en aquella parte del Africa evitan cuidadosamente la presencia del hombre.

Al rayar el día estábamos ya en marcha, apretando el paso todo lo posible, pues pronto íbamos á salir de Mgounda Mkali, para entrar en un territorio más populoso y fecundo.

*
* *

Dos horas más de aquella marcha rápida y comenzaríamos á salir de la espesura del bosque, que ya iba siendo monótona: no tardamos en ver espacios claros, y á poco nos encontramos ya en una vasta llanura, que deprimiéndose y on-

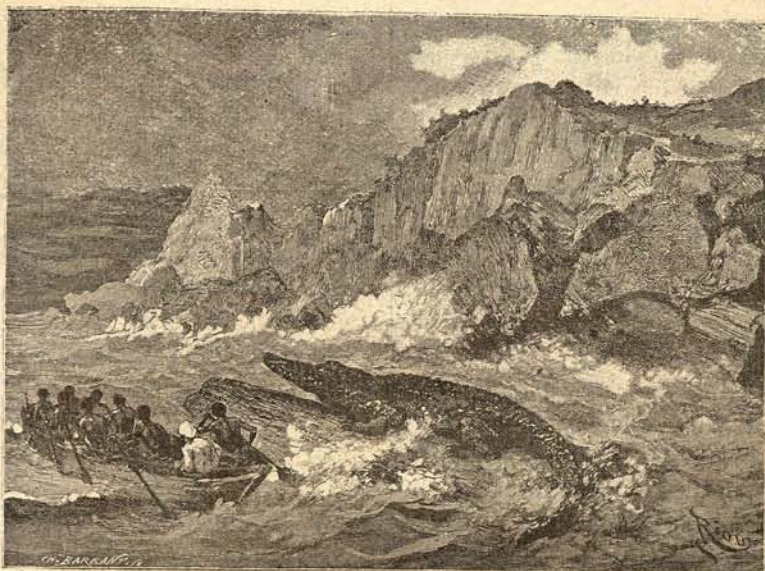
dulando sucesivamente, confundíase á lo léjos con un horizonte azulado.

Inmensos campos sembrados seguían las ondulaciones y contornos de aquella llanura, campos fértiles cuyas hermosas espigas se chocaban entre sí, agitadas por la helada brisa procedente del Ousagara.

A las ocho llegamos al pueblo fronterizo del Ounzamonezi, el Toura-Oriental, que mis gentes invadieron sin cuidarse de los habitantes, si bien es cierto que

eran poco numerosos. Allí encontramos á Nondo, un desertor de Speke, quien deseando entrar á mi servicio me invitó á que proporcionara miel á sus antiguos compañeros, y finalmente á los pagazis.

En aquel pueblo no nos detuvimos apénas, pues aún faltaba una hora de marcha para llegar al Toura-Central. Desde el primero al segundo Toura cruza el camino por inmensos campos de sorgho, de maíz y de mijo, véñse también huertas llenas de batatas, pepinos,



UNA SORPRESA

calabazas y melones, que crecen en el hueco de los surcos entre el sorgho. Cerca de los pueblos, cada vez más numerosos, crecen los bananos de anchas hojas entre diversos cultivos.

Semejantes á los pueblos de los Vouagogo, los de los Vouakimbou son cuadrados, y los tejados planos: en el interior hay una gran plaza con su recinto, dividida á veces en tres ó cuatro compartimientos por medio de empalizadas he-

chas con tallos de sorgho; esto es lo que allí llaman el *tembé*.

*
**

Hamed, que á pesar de sus esfuerzos no pudo conseguir que sus pagazis hicieran jornadas dobles, se había visto en la precisión de acampar en Toura, donde aún se hallaba cuando nosotros llegamos.

Aquella primera noche, pasada en la

tierra de la Luna, nos dió tiempo para conocer las tendencias rateriles de los habitantes del Toura: dos de ellos se introdujeron en mi campamento con el objeto de robar, pero al oír que jugaba la llave de una carabina, comprendieron que los fardos del mouzoungon estaban bien custodiados, y al punto emprendieron la fuga. Desde allí fueron á la tienda de Hamed, donde sus esperanzas quedaron frustradas también, pues el infatigable jeque se paseaba de arriba á bajo con su carabina en mano, y no había medio de sorprenderles.

Entónces, sin desistir por eso de su intento, dirigiéronse los ladrones á la tienda de Hassan, uno de los árabes que nos acompañaban, y allí tuvieron la suerte de llegar hasta el sitio donde estaban los bagajes, apoderándose de un par de paquetes; pero el ruido que hicieron al evadirse despertó al jefe de la caravana, que saltando como un tigre, hizo fuego sobre uno de los fugitivos y le atravesó el corazón de un balazo.

Al rayar el día, sabíase en todos los pueblos de los alrededores el hecho ocurrido durante la noche; pero por muy audaces que fueran los habitantes en las tinieblas, mostrábanse cobardes á la luz del día, y ninguno pidió una satisfacción ni se pronunció siquiera la menor palabra que revelase el más lijero resentimiento. Aquel día nos trajeron víveres con tal abundancia que me bastaron dos dotis para dar á todos mis hombres suficiente grano, batatas, miel y manteca con que celebrar nuestra llegada al Ounya-mouezi.

*
* *

Nos pusimos en marcha el 18 con la caravana de Hamed y la de Hassan, y llegamos al Toura Perro ó Tcura-Occidental después de cruzar durante una

hora por campos de sorgho. Luego penetramos en el bosque donde los Vouakimbou van á buscar la miel y á cazar elefantes, que según parece son allí muy numerosos; suelen cogerlos por medio de zanjas profundas que cubren de hojarasca, de tierra y yerba.

Al cabo de una hora de marcha desde el Toura-Occidental, llegamos á un estanque, en cuyas orillas se descansó un poco; veíase allí una pequeña llanura, que á pesar de la estación seca, entónces muy avanzada, estaba todavía húmeda á consecuencia de una inundación.

Después de haber descansado tres horas, volvimos á emprender la marcha por el bosque; el camino continuaba hasta un punto llamado Kouala, que Burton señaló en su carta equivocadamente con el nombre de *Kouale*: es un lecho de torrente ancho y tortuoso, que contiene grandes abrevaderos, en cuyas profundidades había agua aún, y donde encontramos una especie de espirenque, que no era de despreciar cuando hacía tres meses que no comíamos pescado.

*
* *

La distancia desde el Toura-Occidental al Kouala es de diez y siete millas y media, lo cual no debe parecer mucho cuando sólo se recorre este trayecto una vez cada quince días; pero sí interminable si se ha de hacer con frecuencia. Así debieron creerlo mis gentes, pues comenzaron á murmurar al otro día cuando dí la orden de proseguir la marcha.

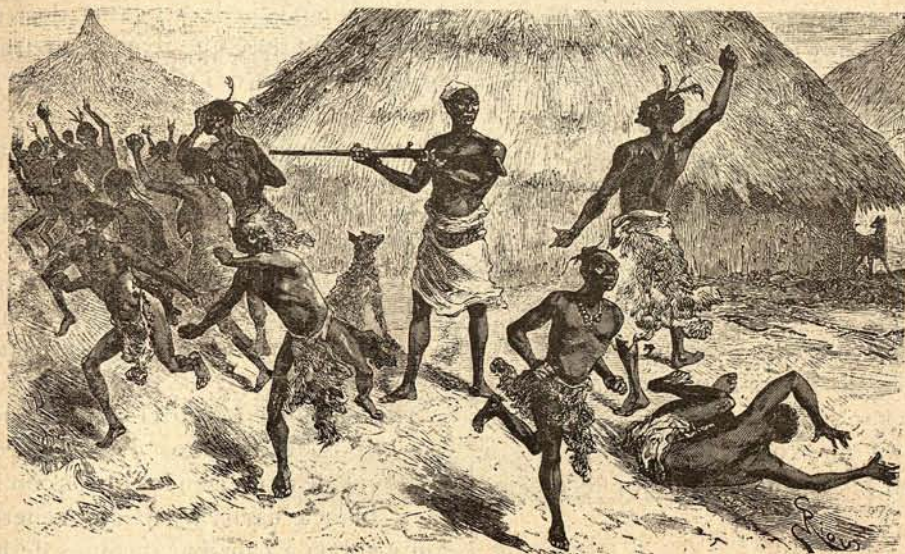
Abdoul, el sastre, que había entrado á mi servicio asegurándome que sabía hacerlo todo, desde remendar un pantalón hasta cazar un elefante, pero que no se había ocupado en otra cosa sinó en comer y beber, no podía resistir más. Las mercancías que trajo de Zanzibar en un pañuelo de bolsillo y con las que pensa-

ba comprar marfil y hacer fortuna en el Ounyanyembé, habían desaparecido mucho tiempo ántes así como las esperanzas que sobre ellas fundaba. Cuando nos preparábamos para marchar, presentóse á mí Abdoul, y anuncióme con aire compungido «que la hora de su muerte estaba próxima; que lo reconocía en sus carnes, en sus huesos y sobre todo en las piernas que no le podían ya sostener.» Por último, suplicábame que me apiadase de él y le dejara marchar. Semejante pe-

tición, tan poco en armonía con los ambiciosos proyectos del sastre, era debida á que por la mañana habían muerto dos de mis asnos, y hube de encargar á Abdoul que llevara las sillas hasta el Ounyanyembé.

*
* *

El peso no excedía de unas diez y siete libras y se podía soportar bien, pero bastó para que el sastre se disgustara de la



PÁNICO

vida, viendo con desesperación que se prolongaban las jornadas. Abdoul se echó á mis piés, y me conjuró en nombre de Dios á que le dejara marchar.

La experiencia que había adquirido en Abisinia durante la campaña inglesa en lo detratar con los indígenas y los indios, me dictaba lo que debía hacer en tal caso: accedí á la petición, pues no estaba yo ménos cansado de aquel holgazan como él pretendía estarlo de su penosa existencia; pero Abdoul no quería permane-

cer sólo en el bosque, y me dijo que no pensaba separarse de mí hasta que llegásemos al Ounyanyembé. Id vos primero, le contesté, y despues ya veremos. Entretanto llevad las sillas para pagar vuestro alimento hasta allí.—¡Pero señor, no tenéis misericordia! exclamó con voz suplicante.

—Para un cobarde y perezoso cual vos, contesté, no debe haberla.

Y al decir estas palabras, acompañélas con una lluvia de latigazos que resucita-

ron por milagro al moribundo, haciéndole recobrar su actividad.

Confieso que aquel día me dominaba el mal humor, pues yo también estaba cansado, y lo sobrellevaba todo con paciencia.

*
* *

Poco después llegó el guía, á quien le tocó también su parte en las reprensiones, pues estaba incomodado con él porque multiplicaba las jornadas con perjuicio mío, haciéndonos detener cuando no había necesidad.

—¿Cuánto os handado los conductores, le pregunté, para que hagais marchas cortas, prolongando las detenciones.?

—No he recibido nada de ellos.

—¿Y cuánta tela creis que podría daros yo si quedase satisfecho?

—¡Oh, mucha, mucha!

—Pues bien, recoged vuestra carga y dadme una prueba de buena voluntad desde aquí al Ounyanyembé.

El Kirangozi prometió solemnemente no escuchar sino mis órdenes, y ponerse en marcha tan pronto como quisiera, sin descansar hasta que lo creyera necesario.

*
* *

Pusímonos en camino; y fiel á su promesa no se detuvo el guía hasta llegar al Roubonga-Central, con grande asombro de toda la gente, que creía se había vuelto loco: recorrimos cerca de diez y nueve millas, ó sean más de treinta kilómetros, sin hacer alto, siendo así que las marchas anteriores no fueron de la mitad.

El Roubonga, como dijo muy bien Burton, es nombrado por su carne y leche, su manteca y su miel, de cuyos artículos hicimos buena provisión. Podíase juzgar aún de la antigua riqueza de aquel

territorio por la extensión de sus cultivos; á cada lado del camino, en un espacio de algunas millas, sucedíanse los campos de grano cuyas espigas maduraban en medio de los gomeros, de las mimosas y de los cactus. Aquello era todo cuanto quedaba de un distrito ántes tan populoso, tan rico en ganados y colmenas.

Ya no podíamos saber en que sitio existieron sus numerosos pueblos, pues sólo se veía ruinas, arcilla ennegrecida y armazones carbonizados. Ya no había habitantes ni ganados; unos y otros se habían dirigido al Norte, á tres ó cuatro días de distancia de sus casas destruidas y de sus campos, que iban desapareciendo bajo la vigorosa vegetación del bosque.

Unos sesenta Vouangauana se habían ido á establecer en aquellos lugares, donde comerciaban en marfil, buscando su alimento en los abandonados campos. Nos detuvimos en su pueblo y observé que á pesar de la fatiga de aquella prolongada marcha habían llegado á las tres todos los pagazis.

Allí encontré á un tal Amir, uno de esos tipos de ancianos orientales como los que se describen en los libros con luenta y blanca barba y aspecto venerable. Amir volvía á Zanzibar después de haber permanecido diez años en el Ounyanyembé; y al despedirse me dió una cabra, regalo muy considerable en una localidad donde estos animales se venden á buen precio; también me obsequió con un saco de arroz.

*
* *

El día siguiente fué dedicado al descanso, envié á uno de mis soldados á Ben Nasib y á Seid ben Selim, los dos grandes dignatarios de la colonia árabe, á fin de anunciarles mi próxima llegada;

y al día siguiente nos dirigimos hácia Kigoua.

El camino se prolongaba en medio de un bosque semejante al que habíamos atravesado en las últimas etapas; á medida que avanzábamos hácia el Oeste elevábase el terreno rápidamente.

Llegamos á Kigoua, después de cinco horas de camino, ofreciéosenos á la vista el mismo cuadro que en Roubonga, es decir, las consecuencias de una venganza; un país devastado.

Á las tres horas y media de marcha nos hallamos, al día siguiente, cerca del ria-



RIACHUELO DE KIGOUA

chuelo que separa el territorio de Kigoua, del distrito del Ouyanyembé: detuvimos breves momentos para beber, y merced á un esfuerzo, llegamos á Chiza á las tres horas y media más de camino.

Aunque aquel trayecto fué algo largo, no me pareció tan monótono como otros, pues cada vez era el paisaje más pintoresco, y se veían las pruebas del carácter pacífico y de la industria de los habitantes. Aquello era una escena completamente pastoril: por todas partes se oía el mugido de las vacas, el balido de las ovejas,

de los carneros y de las cabras, por todas partes la abundancia, la riqueza y tranquilidad.

Como una media hora ántes de llegar á Chiza, vimos la llanura ondulada, donde se halla el principal establecimiento de los árabes.

*
**

El jefe del pueblo, deseando sin duda obsequiarme, me envió un cántaro que contenía unos veinte litros de pombé; es-

pecie de cerveza que tiene un color lechoso, y cuyo gusto me pareció poco agradable. Bastóme con el primer vaso y entregué el resto á mis hombres, á quienes pareció del más delicioso, tanto más cuanto se acababa de matar un becerro que el jefe me vendió por diez y ocho metros de percal.

Para toda mi gente fué corta la noche: mucho ántes de la hora del alba, se asaban sobre las brasas las tajadas de carne, pues era justo que los estómagos quedasen satisfechos una vez más ántes de despedirnos del mousoungou, cuyas larguezas habían podido apreciar muchas veces.

Terminada la comida se dieron seis cartuchos á cada uno de los hombres que tenían fusiles y que debían anunciar nuestra llegada á los establecimientos árabes.

Todos los conductores iban de gala; no se encontraba ninguno que no se hubiere puesto su mejor traje; los menos ricos vestían de percal, y los otros de vistosas telas de lienzo y rayas ó cuadros, seda ó paño rojo; los soldados llevaban calzones y largas túnicas blancas, pues aquel era un gran día de fiesta, el día de que se hablaba desde que comenzó la

marcha, y que nos costaba tantas y tan largas jornadas, habiéndose recorrido, sólo en dos semanas, ciento setenta y ocho millas, ó sean más de doscientos ochenta y seis kilómetros.

Dióse la señal, y la caravana se puso en marcha alegremente, desplegando las banderas, y al son de las trompetas y de los cuernos.

A las dos horas y media de marcha estuvimos á la vista de Kouikourou, que se halla á unas dos millas de Tabora, principal residencia de los árabes.

En la parte exterior se veía una larga fila de hombres con albornoces blancos, á los que saludaron mis gentes con estrepitosas salvas de sus fusiles, tales como no se habían oído en mucho tiempo. Los pagazis estrecharon sus filas tomándose cierto aire de conquistadores, mientras que los soldados repetían sus descargas.

Viendo á los árabes dirigirse hácia mí, adelantéme alargando la mano la cual me estrecharon al punto el jeque Seid y Ben Selim, y otros vários de sus compañeros.

Así fué como entramos en el Ounyan-yembé,

CAPÍTULO NOVENO.

KOUIKOUROU.—KAZEH.—KOUIHARA.—SU VALLE.—MUNIFICENCIA.—FELICITACIONES.—TABORA.—VIDA DE LOS ÁRABES EN EL OUNYANYEMBÉ.—VISITAS.—CONSEJO DE GUERRA.—MIRAMBO.—DISCURSO.—CARAVANA DE LEVINGSTONE.—DELIRIO.—EN GUERRA.—TOMA DE ZIMBISO.—DERROTA.

KOUIKOUROU, capital del Ounyan-yembé, era la residencia de Mkasihoua, jefe de los Vouanyamonezi de aquella provincia. Seid ben Selim, gobernador de la colonia árabe, que habitaba igualmente allí, me rogó que le acompañase á su vivienda.

A nuestro paso se oprimía una compacta multitud: los pagazis se contaban por centenares; los guerreros se agrupaban al rededor de su jefe; los niños, negros querubines, se escondían entre las piernas de sus padres; pero todos fijaban en mí sus miradas, pagando así el tributo debido á mi color. Sin embargo, aquella ovación era muda; únicamente el anciano jefe y los árabes me dirigían la palabra.

La casa de Ben Selim ocupaba el ángulo noroeste de un recinto situado en el pueblo, y protegido por una fuerte estacada.

Allí se sirvió el té en una tetera de plata, y se me invitó á tomar mi parte, con algunos manjares del país. Ya se comprenderá que un hombre que acababa de recorrer ocho millas en ayunas, sufriendo los ardores del sol, no desdeñaría semejante oferta; y creo que no dejaría de llamar la atención del buen Selim, la avidez con que apuré seguidamente once tazas de su aromática bebida, comiendo cuanto me ofrecían.

*
**

Después de tomar aquel refrigerio, dí las gracias al gobernador con toda la efusión de que es capaz un hombre que ha satisfecho la más apremiante de las necesidades; pero aunque no hubiese dicho la menor palabra, creo que Selim hubiera reconocido en mis miradas cuánto era mi agradecimiento.

Cuando se lo hube manifestado, cogí la pipa y el tabaco, y le dije:

—Amigo jeque, ¿quereis fumar?

—Gracias, los árabes no fuman.

—¿Permitireis pues que yo lo haga.

—Sois muy dueño de hacer lo que gustéis.

Entonces comenzaron las preguntas sobre comercio y política, y particularmente acerca de mi viaje.

—¿Por dónde habeis venido? preguntó Selim.

—Por el Mpouapoua.

—¿Está malo el paso de Makata?

—Detestable.

—¿Qué noticias hay de Zanzíbar?

—Sólo sé que Said Tourke ha tomado posesión de Moscate; Azim ben Ghis ha sido muerto en la calle.

—¡Por Alá! ¿Será eso cierto?

—Como lo oís.

—¡Eh, eh! hé aquí una gran noticia, exclamó Selim manoseando su barba. ¿Y habeis oído hablar de Soliman ben Alí?

—Sí, el gobernador de Bombay le ha enviado á Zanzíbar en un buque de guerra, y ahora está en una fortaleza.

—¡Hola! también esta noticia es buena. ¿Habeis pagado muchos tributos á los Vouagogo?

—Siete veces; pero he pasado por Monieka. Hamed quería que tomase otro camino, pero me negué á ello rotundamente, y sin duda pensó entonces que valía más seguirme que encontrarse solo con el jefe *Kíhyoneh*. Thani hizo lo mismo.

—¿Y qué hasido de aquel Hadji Abdalla que vimos aquí hará una docena de años con Spiki?

—¿Hadji Abdalla? No lo conozco. ¡Ah... sí! nosotros le llamábamos Burton. Ahora es cónsul en Damasco, la ciudad á que llamais Cham.

—¿Y Spiki?

—Murió en una partida de caza.

—¡Ouallah! ¿Ha muerto Spiki? Triste noticia; era un hombre excelente, muy bueno.

—Decidme, jeque Seid, pregunté yo, ¿dónde está Kazeh?

—¿Kazeh? Lo ignoro.

—¡Cómo! ¿Habeis estado con Burton, con Speque y con Grant, pasando en su compañía varios meses, y no sabeis donde está Kazeh? ¿No vivió Hadji Abdallah con Mousa-Mzouri?

—Sí; pero en Tabora.

—Entonces ¿dónde está Kazeh? Se lo pregunto á todo el mundo y nadie sabe darme razón, lo cual me parece extraño, siendo así que los tres viajeros llamaron de este modo á la localidad donde les conocisteis. Debeis por lo tanto saber donde está Kazeh.

—Jamás he oído semejante nombre; pero... esperad; Kazeh quiere decir reino, y acaso llamarán así al sitio donde se de-

tuvieron al llegar. Abdallah vivía con Sna y ben Amir; y más tarde ocuparon Spiki y Grant el tembé de Mousa-Mzouri, y las casas donde yo les he visto se hallan ambas en Tabora.

—Gracias, jeque Seid; ahora me separaré de vos, porque es preciso que vaya á buscar mi gente para que se les den víveres.

—Iré con vos para enseñaros vuestra vivienda, que está en Kouihara, y os advertiré de paso, que desde este paso á Tabora no hay más que un cuarto de hora de camino.

*
**

Después de haber franqueado una pequeña rampa divisamos á Kouihara entre dos series de colinas; la del norte está flanqueada por una reducida montaña redonda, semejante á un puerto destacado, y conocida con el nombre de Zimbili. Torrentes de luz inundan el valle, pero su aspecto era frío, sin duda por el efecto del otoño, ó más bien de las hojas secas y blanqueadas por el sol; las chozas de paja; las colinas y las casas de tierra formaban un conjunto monótono. De vez en cuando soplaban el Ousagara, un viento frío que helaba hasta la médula de los huesos; veíanse sólo algunos árboles aislados; y al levantar la cabeza producía un efecto desagradable aquel cielo apenas azul, cuya serenidad hacía daño.

Al acercarnos al tembé, reuniéronse con nosotros algunos árabes distinguidos: ante la gran puerta estaban mis pagazis junto á sus fardos, y en el centro de un círculo de curiosos, á quienes referían con más ó ménos exageración, cuanto les había ocurrido en el viaje.

Sin embargo, al llegar todos se callaron; los jefes y sus guías vinieron á saludarme sucesivamente como amigo; uno de ellos, el fiel Barati, se echó á mis piés;

los otros descargaron sus fusiles; reinó entre toda aquella gente una especie de frenesí, y por todas partes se elevó un grito de bienvenida.

—Tened la bondad de entrar, me dijo Selim; esta morada es la vuestra; aquí tenéis el departamento para vuestros hombres, los almacenes, la prisión y la cocina; allá recibireis á los árabes; este compartimiento es el de vuestro compañero; en el otro, destinado para vos, hay alcora, una sala de baño, un depósito de pólvora y un arsenal.

*
* *

A la verdad, que ofrecía muchas comodidades aquella morada africana, y hubiera podido inspirarnos alguna poesía si hubiésemos tenido tiempo para ocuparnos de ella; pero por el pronto era preciso encerrar las mercancías y saldar la cuenta de los pagazis, cuyo compromiso quedaba terminado.

Bombay recibió orden de abrir el almacén, cerrado con una sólida puerta; allí se colocaron los fardos de tela y los demás artículos, procurando que estuviese fuera del alcance de las hormigas blancas; la pólvora y las municiones se colocaron en el sitio destinado al efecto, de modo que no ofrecían ningun peligro.

Acto continuo pagué á los pagazis según sus méritos, de tal modo que cada cual pudiese decir á su familia y vecinos que el mousoungou obraba mejor que los árabes.

Esto en cuanto á la caravana dirigida por mí; luego llegaron los jefes de las otras tres, que nos presentaron sus cuentas cada cual por separado, refiriéndonos despues los acontecimientos ocurridos en el camino.

La primera de dichas caravanas, según nos lo habían dicho ya las gentes de *Kirroumo*, había tomado parte en la gue-

rra que acababa de estallar en el distrito de Djihoué la Singa: el éxito había sido feliz, y la caravana no había sufrido la menor pérdida.

La segunda mató á un ladrón en el bosque situado entre Pembira, Perek y Kididimo. La cuarta había perdido un fardo en el Merenga-Mkali, sin que lo pudiese recobrar el portador, porque uno de los bandidos que infestaban el bosque, en la frontera del Ouagogo, le apaleó hasta dejarle casi muerto. Mucho me alegré al saber que las pérdidas se limitaban sólo á ésto; y en prueba de mi satisfacción, los tres jefes recibieron tres metros de la mejor tela y veinte de otra más inferior.

*
* *

En el momento en que yo pensaba volver á tomar alguna cosa, porque se iba despertando de nuevo mi apetito, ví llegar una verdadera procesión de esclavos, que me presentaron una porción de cosas de parte de los árabes; en primer lugar, un enorme plato de arroz con un pollo; doce enormes galletas de harina de trigo, varias tortas, limones y granadas.

Cuando acababa de comer, presentáronse otros esclavos con cinco bueyes muy gordos, ocho carneros y diez cabras, miéntras que me daban, por otra parte, doce gallinas y una docena de huevos.

¡ Aquella hospitalidad á la vez espléndida y práctica, puso el colmo á mi reconocimiento y gratitud.

Mis hombres, reducidos al número de veinticinco, no se mostraron ménos conmovidos que yo ante aquel generoso regalo; y como observase que brillaban sus ojos al pensar en los festines que les prometían aquellas riquezas, dí orden de matar un buey y distribuirle.

Al segundo día de hallarnos en aquel lugar, que yo consideraba como una tier-

ra clásica, vista y descrita antes por Burton, Speke y Grant, vinieron á felicitar-me los altos personajes de Tabora.

*
**

Este es el nombre del establecimiento más considerable que hayan tenido los traficantes de Mascate y de Zanzíbar en el centro de Africa: contenía en aquella época más de mil viviendas, y sin exageración se podía calcular en cinco mil el número de sus habitantes, entre árabes, naturales de Zanzíbar é indígenas. Entre este gran burgo y Kouihara se elevan dos cadenas de colinas pedregosas, desde donde se ve perfectamente Tabora.

Mis visitantes constituían una buena colección de tipos de nobleza y elegancia; los más eran del Oman, y algunos del Satouhail; cada cual tenía un séquito numeroso, y todos vivían en la mayor abundancia, casi con lujo.

La llanura de Tabora, aun que desprovista de árboles, se distingue por su fertilidad: por todas partes se veían ganados, campos de arroz, de patatas, de sorgo, de maiz, de mijo y otros varios granos, cultivos cuyos productos pueden adquirirse en toda estación y no son caros.

*
**

Los notables de aquel punto podían, pues, disponer de abundante crema, leche y manteca; y además de esto, aquellos árabes, que me parecieron un poco golosos, plantaban al rededor de sus moradas naranjos, limoneros, y otros árboles, cuyos frutos prosperan perfectamente.

En los jardines abundaban asimismo las cebollas, el ajo, los pimientos, los tomates y pepino. De la costa se recibía, por lo menos una vez al año, la provisión

de té, azúcar, café, especies, conservas de todas clases, confituras, vinos y licores, bizcochos, sardinas, salmón y, en en una palabra, todos los objetos que se necesitaban, incluso las telas más finas, perfumería, etc.

Abundan allí mismo los ricos tapices de Persia y lujosas camas; no faltaban tampoco servicios completos para el té y café; bonitos platos de cobre y enormes cubetas de bronce con cinceladuras admirables. Casi todos aquellos árabes ricos tenían relojes y cadenas de oro; y así como en los países musulmanes, constituía el harem la parte principal de su casa. Cada cual según sus medios, disponía de mayor ó menor número de odaliscas, á fin de que la animalidad de su naturaleza pudiera satisfacerse lo mismo en Tabora que en Estambul.

El hombre, que allí desprecia al principio la figura poco clásica de una negra africana, acaba por no fijarse luego en los perfiles ni el color, y aprecia las curvas poco armoniosas de aquellas formas pesadas, encontrando atractivo en aquellos rostros anchos, sin la menor expresión inteligente, y en aquellos ojos de un negro azabache, pero privados de la chispa que ennoblece nuestra pobre humanidad.

*
**

Los árabes que estaban entonces en la puerta de mi morada eran los mismos que me habían hecho la víspera aquel magnífico regalo. Figuraba en primer término el jeque Seid, á quien saludé primeramente; después el jeque Ben Nased, cónsul de Su Alteza en el *Karagouah*; Thamís ben Abdallah, el más noble de todos, así como por su valor y sus actos; el joven Amram ben Massoud, que en 1872 hacía la guerra al sultán de Oorori, el más hermoso é intrépido; Saoud,

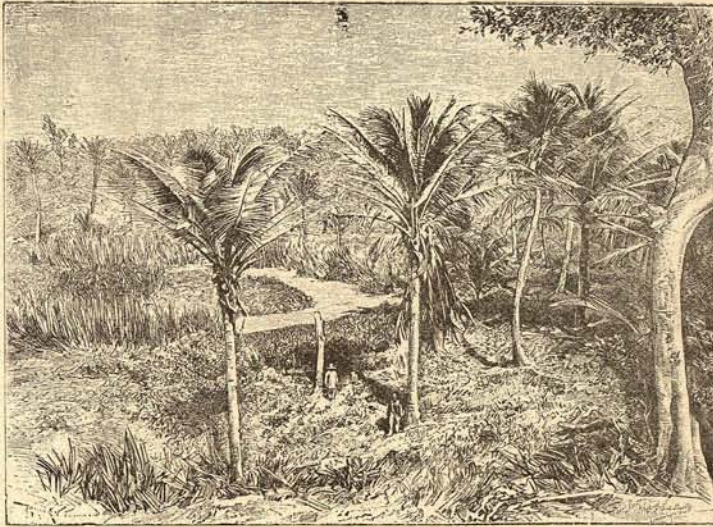
hijo de Seid ben Medjid, el más elegante; Tham, Massoud ben Abdallah, y su primo, que poseían las casas, ó mejor dicho, el pueblo donde se alojaron Burton y Speke; Seid ben Seif; el anciano Solimán Dohoua; y, por último, el viejo hetman de Tabora, el jeque sultán ben Alí.

Las visitas de aquellos notables, cuya protección no podría rehusar el extranjero, era una simple fórmula de etiqueta, é inútil me parece el repetir aquí el asunto de la conversación, que versó princi-

palmente sobre mi salud y las fatigas de mi viaje, las riquezas del país, las pruebas de amistad con que me brindaban y las expresiones de mi gratitud.

Cuando hubimos agotado recíprocamente todos los cumplidos, y las frases más frívolas, separáronse de mí los árabes, manifestando el deseo de verme en Tabora, y rogándome aceptase el banquete que dispondrían allí en mi obsequio.

*
**



JARDINES DE TABORA

Tres días después, seguido de diez y ocho de mis hombres, perfectamente equipados, salí á mi vez para devolver las visitas y dirigirme al sitio donde debía celebrarse el festin.

A los tres cuartos de hora llegué á la morada del Sultan ben Alí, cuyo establecimiento contenía todo un pueblo de tembés y de casetas en forma de colmenas; y que debía á su edad, su fortuna y grado de coronel en el ejército de S. A.,

el ser elegido como consejero y árbitro por todos sus compatriotas.

Después de saborear la taza de *Moka* que nos sirvieron, nos dirigimos á la morada de Khamis ben Abdallah, donde nos esperaba una sociedad numerosa.

Aquel grupo de hombres majestuosos, vestidos con sus largos ropajes blancos, cubierta la cabeza con lijeros turbantes también de una blancura deslumbradora, y que se reunían para felicitarme la bien

venida, produjo en mí una viva impresión.

Llegué precisamente en el momento en que iba á celebrarse un consejo de guerra, y se me invitó á tomar parte, acompañado de Selim, que era mi intérprete.

Khamis ben Abdallah, hombre valeroso y emprendedor, siempre dispuesto á mantener los derechos de los árabes, defendiendo sus privilegios, era el mismo que en la guerra de 1860 mató al viejo Maol, y el que después de haber perse-

guido á Mauoua Sera durante 5 años á través del Ougogo, y del Ounyamoueri, le alcanzó en el Oukonongo y tuvo la satisfacción de cortarle la cabeza. En aquella ocasión trataba de sublevar á los árabes contra un tal Mirambo, haciéndoles tomar la ofensiva en una guerra que parecía inminente.

*
**



ANTIGUEDADES ÁRABES

Asegurábase que este Mirambo estaba en continúa hostilidad con todos los jefes de las inmediaciones: simple pagazi en un principio, había llegado al rango supremo con esa habilidad de los bribones desalmados, para quienes todos los medios son buenos con tal de subir al poder. Era jefe de una cuadrilla de ladrones que infestaban los bosques del *Voilxaukouroul* cuando supo la muerte del jefe de Ouhyohoueh: acto continuo se dirigió á esa provincia; y valiéndose en parte de la fuerza, y también del terror que inspiraba, supo imponerse en

calidad de soberano. Algunas empresas atrevidas, en las que se enriquecieron sus partidarios, consolidaron su autoridad; y desde entónces, no reconoció ya límites su audacia. Había llevado la guerra al Ougara, al Ouzagozi, hasta Ourinza, y al Oukonongo; y después habiendo exterminado á los habitantes en 3 grados de latitud, quiso trabar dependencia con Mkasihoua, jefe del Ounnzamenbé, motejando á los árabes porque se negaban á formar causa común contra su anciano amigo.

A consecuencia de este desaire, el dés-

pota impuso á cierta caravana que se dirigía á Oujiji, un tributo de cinco barriles de pólvora, cinco fusiles y otras tantas balas de tela. Después de los más acalorados debates, que duraron varios días, pagóse por fin aquel exorbitante tributo: mas á pesar de ello, recibió la caravana orden de retroceder; y Mirambo declaró terminantemente que no cruzaría ninguna otra por sus estados sin pasar por encima de su cuerpo.

De regreso al Ounyanyembé, el jefe que había sido víctima de aquella tiranía presentó una queja á Seid ben Selim, gobernador de la colonia árabe. El anciano, cuyo carácter era pacífico, no omitió medio para ablandar al tirano; pero éste no quiso escuchar razones, repitiendo que el único medio de granjearse su buena voluntad era ayudarle en la guerra que preparaba contra Mkasihoua.

*
* *

«Tal es la situación, dijo Abdallah en el consejo; Mirambo no hace misterio de ella; después de haber vencido á los Vouasheusi, quiere imponerse á nosotros; y no querrá detenerse hasta expulsar á los árabes, exterminar á Mkasihoua y apoderarse del Ounyamyembé. ¿Y habremos de consentir esto, hijos de Oman? Responde tú, Selim, hijo de Seif: ¿combataremos á este pagano, ó volveremos á nuestra isla?»

Un murmullo de aprobación contestó á esta pregunta. La mayoría del consejo se componía de hombres jóvenes, impacientes por castigar la audacia de Mirambo, y Selim, hijo de Seif, anciano patriarca de voz grave y lenta, trata inútilmente de calmar las iras de aquellos vástagos de la aristocracia de Mascate, de Mattraah y de los árabes del desierto. La vehemencia de Khamiz les había conmovido demasiado vivamente.

Saoud, el hermoso jóven, hijo de Seid, se levantó entonces y tomó la palabra en estos términos:

«Mi padre se acordará sin duda de aquellos dias en que los árabes iban de Bagamoyo á Oujiji y de Zuilva á Souda sin más armas que sus palos de viaje. Pasaron ya esos tiempos; ahora sufrimos los insultos de los Vouagogo, Souarourou, del Ousouhi, nos quita cuanto le hace falta; y como si no fuera bastante esto, Mirambo nos cierra el camino. ¿Renunciareis por ventura al marfil del Oujiji, del Ouroundi, del Karagoueh y del Ougauda sólo por ese hombre? ¡No; la guerra, la guerra hasta que tengamos su cabeza debajo de nuestros piés! hasta que destruyamos su territorio y podamos pasar libremente sin llevar más armas que nuestros palos de viaje!»

A juzgar por la general aprobación que mereció aquel discurso, no podía dudarse que iba á comenzar la lucha; y entonces pensé en Livignstone. ¿Qué sería de él si al dirigirse al Ounyamyembé caía en medio del campo de batalla?

El Ouhyohoueh dista sólo cuatro jornadas de Tabora; en quince dias quedaría terminado el asunto, ó por lo menos pretendíase así. Ofrecí mi concurso y el de mis hombres, proponiendo que el cargamento se depositase en Mfouto, bajo la custodia de algunos de ellos; los demás vendrían conmigo, y cuando se hubiera batido á Mirambo y á sus Rouga-Rouga, quedando así el paso libre, continuaría yo mi camino. Los árabes no dudaban del éxito, y yo compartí su entusiasmo.

*
* *

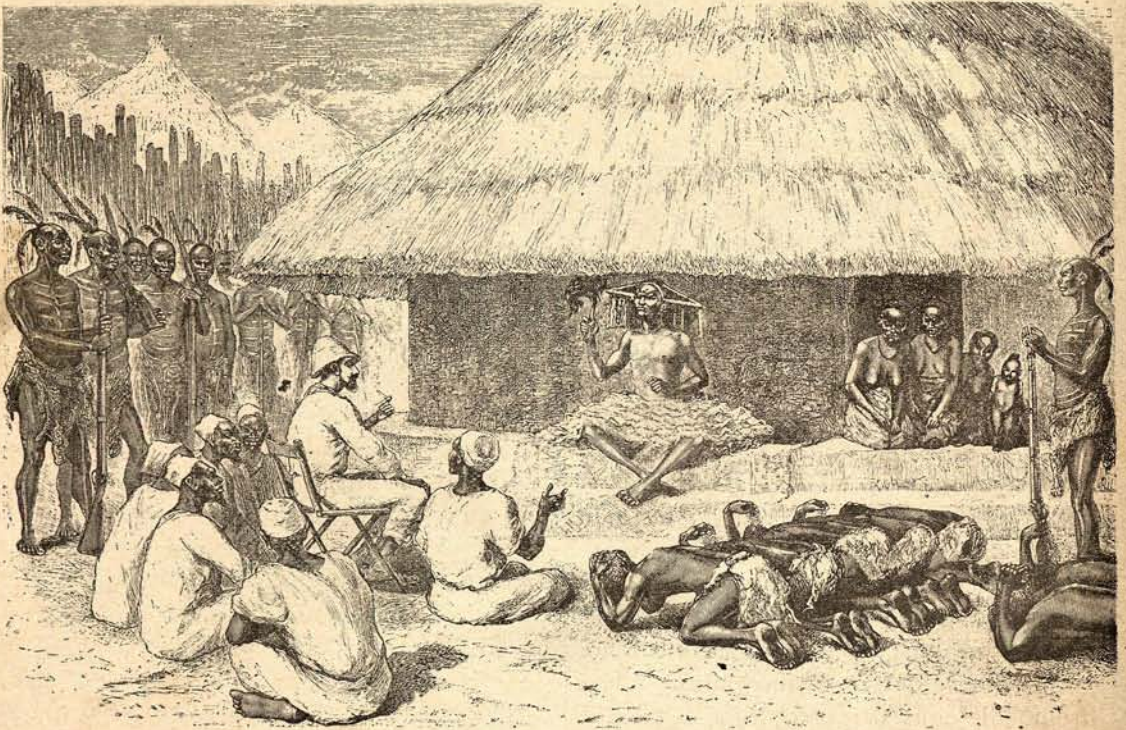
Levantada la sesión, presentaron un enorme plato de arroz en el que abundaban las almendras, el limón, las pasas y las grosellas; y era curioso ver con que

prontitud sucedió á nuestro ardor belicoso el apetito que nos abría la vista de aquel abundante alimento.

Como yo no era musulmán me sirvieron aparte el arroz, seguido de otros platos en que había pollo asado, kabok, que es una especie de pasta hecha con carne picada, harina de trigo y sorgho,

riñones de ternera, galletas, frutas, pasas muy buenas y ciruelas confitadas. Aquella comida demostraba que si mi patrón tenía el génio guerrero, no le faltaban por esto los gustos más refinados, adquiridos á la sombra de los bosques que su padre poseía en Zanzíbar.

Cuando estuvimos hartos de todos



LA CONFERENCIA

aquellos manjares á cual más delicados, nos dirigimos algunos árabes y yo á la morada de Massoud ben Abdallah, quién nos enseñó el solar donde había existido la casa de Burtón y de Speké, y en la cual tenían establecidas entonces sus oficinas. Hasta la vivienda de Snay ben Amir había sido derribada, y en su lugar veíase un tembé, con puertas esculpidas, llamadores de bronce, espaciosas habitaciones y gruesos muros: era una casa

construida á la vez para la defensa y la comodidad.

*
* *

La vivienda más notable del Ounyamyembé pertenecía á Amram ben Massoud; le había costado 60 frasilahs, ó sean dos mil cien libras de marfil, que representan más de tres mil duros, de-

biendo advertirse que en aquel país se pueden adquirir.

La de Amram, que se llamaba Bharein (los dos mares) medía 100 piés de largo por 20 de alto; cubría las paredes una capa de argamasa con arcilla, que no tenía menos de cuatro piés de espesor; la puerta principal, construida en el país, era una maravilla de escultura para los artistas del Ounyamyembé; en el interior estaban también esculpidas con mucho esmero las vigas, viéndose algunos preciosos dibujos. Delante de la casa, prosperaba tan bien como en su país natal un plantío de granados; y abundaba el agua para regar los jardines.

Hacia la tarde me dirigí por el camino de Kouiarha, muy satisfecho de lo que había visto durante el día; mis hombres llevaban una pareja de bueyes, tres sacos de arroz de calidad superior y varias re-

ses y granos que me había regalado Khamis-ben-Abdallah.

En Ounyamyembé encontré la caravana, que según recordará el lector había formado el doctor Kirk para Livignstone, y marchó repentinamente al anunciarse la visita del cónsul. Así como las otras, habíase detenido en aquel punto á causa de estar interceptado el camino; y como pensé que la guerra la expondría á grandes riesgos, indiqué al gobernador que sería conveniente que los hombres de aquellas caravanas se alojasen con los míos, á fin de que me fuera más fácil vigilar su carga. Como Mr. Kirk no me había dado ninguna orden respecto á las mercancías, ni siquiera la menor recomendación, nada podía yo decir á los individuos de la caravana; pero felizmente intervino Ben Selim, y dispuso que los hombres y su carga pasaran á mi alojamiento.

CAPÍTULO DÉCIMO

GRAVES DIFICULTADES.—PREPARATIVOS DE COMBATE.—UNA DERROTA.

ASMANI, que era entonces el jefe por haber muerto el primero de la viruela, me enseñó cierto día un paquete sellado en cuya cubierta se leían las siguientes palabras: «Al doctor Livingstone, Oujiji. Cartas registradas. 1.º Noviembre de 1870.»

Era evidente que estas cartas se habían empaquetado el día de la citada fecha, de lo que resultaba que habían transcurrido ciento ó sea desde 1.º de Noviembre de 1870 al 10 Febrero de 1871, completamente perdidos por aquella mísera caravana en la costa. Si hubiere marchado cuando debió, y si en vez de llegar al Ounyanyembé en el mes de Mayo, algunos días ántes de cerrarse el camino, hubiera tocado en aquel punto en marzo ó abril, le habría sido fácil estar en Oujiji ántes de la época en que la volví yo á ver en Konihara. ¡Pobre Livingstone! ¡quién sabe la falta que le harían aquellos preciosos fardos, cuya marcha no podía ya nadie activar, y cuya falta le haría sufrir tal vez las mayores privaciones!

—¿Cuándo habeis visto á Mr. Kirk por última vez? pregunte yo á Asmani.

—Cinco ó seis semanas antes del Ramadan.

—¿En que época os remitió este paquete de cartas?

—La víspera del día en que salimos de Zanzibar.

—¿No habeis visto al consul cuando fué á cazar á las orillas del Kingani?

—No, supimos que llegaba, y se dió la orden de marcha. A dos jornadas de Kikoka hicimos alto durante una semana para esperar á cuatro hombres que se habían quedado en Bagamoyo y en seguida continuamos nuestro camino.

*
**

El 7 de Julio, á eso de las dos de la tarde, estaba yo sentado como de costumbre en el vestíbulo, y sentí de pronto una debilidad extraña; apoderóse de mí gradualmente una soñolencia singular; no podía levantarme, y hasta me pareció que había perdido la facultad de moverme. Sin embargo, no dormía, y principié á recorrer todas las fases de mi existencia pasada, que seme representaba con notable claridad. Cuando era alegre la escena, acometíame un acceso de risa, cual si estuviere loco; y si era triste, recobraba un aire grave y vertía copiosas lágrimas. Reminiscencias de mi primera edad, recuerdos juveniles, escenas lejanas ó recientes, todo surgía en mi mente sucediéndose con rapidez; peleas escola-

res, penas, alegrías y peligros, odios é historias amorosas.

Lo repito, reproducíanse en mi mente todas las fases de mi vida. Entre los seres amados que evocaba mi memoria, veía un hombre de nobles facciones que me llamaba su hijo; creía hallarme en las orillas de el Missouri ó en Arkansas, debajo de unos árboles cuyo follaje murmuraba dulcemente. Luégo me pareció recorrer los caminos de Francia y España; que volvía á América, donde iba recorriendo los campos de batalla, en los que arreciaba la lucha con los indios. Despues abandoné aquel país, y ya no volví á ver al hombre afectuoso á quien daba el dulce nombre de padre.

De pronto cesó aquel espantoso insomnio y recobré el uso de mis sentidos.

—¡Dios mio! exclamé de pronto ¿estamos ya á 21?

—Sí; me contestó Shaw, ya hace quince días que estais delirando.

Los demás hombres me afirmaron lo mismo; pero yo recordé que el 14 fué cuando me sentí enfermo, y por lo tanto, no me había durado el delirio más que ocho días, de modo que mis gentes se equivocaban en una semana, error que no rectificué hasta llegar á Oujiji, al examinar con Livingstone un almanaque náutico. El mismo doctor había perdido la fecha, su diario estaba adelantado tres semanas.

*
* *

Que Shaw se hubiera equivocado no tenía nada de particular, pues su memoria y hasta su razón, minadas por la fiebre, se extinguían rápidamente.

Selim, á quien me había yo cuidado de poner al corriente de nuestra farmacia y del uso de las drogas, me trató segun las instrucciones escritas que yo le había dado, previendo el caso de que per-

diera la razon. Díjome que me estuvo alimentando con té en el que ponía algunas gotas de aguardiente; y por otra parte, Shaw me hizo tomar tres ó cuatro veces un cocimiento de harina de Sagú.

A los dos días recobré mis perdidas fuerzas y me ocupé en cuidar á Shaw, quien á su vez estaba enfermo. Apénas se restableció, acometióle la fiebre á Selim, que estuvo cuatro días delirando; pero el 28 nos encontrábamnos todos muy animados con la perspectiva del próximo combate con Mirambo.

El 29 por la mañana tenía yo á mis órdenes cincuenta hombres cargados de telas, abalorios é hilo metálico, todo lo que debía ser conducido al Oujiji.

En el momento de abandonar el tembe no faltó sinó un hombre al llamamiento; pero era el capitan; miéntras iban á buscarle, alejáronse otros para despedirse por última vez de sus negras bellezas.

Bombay no se presentó hasta las dos: su semblante expresaba fielmente la pena que le causaba abandonar las ollas, y separarse de su Dulcinea. Costábale sin duda mucho renunciar á tales goces, cambiándolos por la perspectiva de una marcha penosa y largas jornadas que le conducirían á la lucha, ó acaso á la muerte.

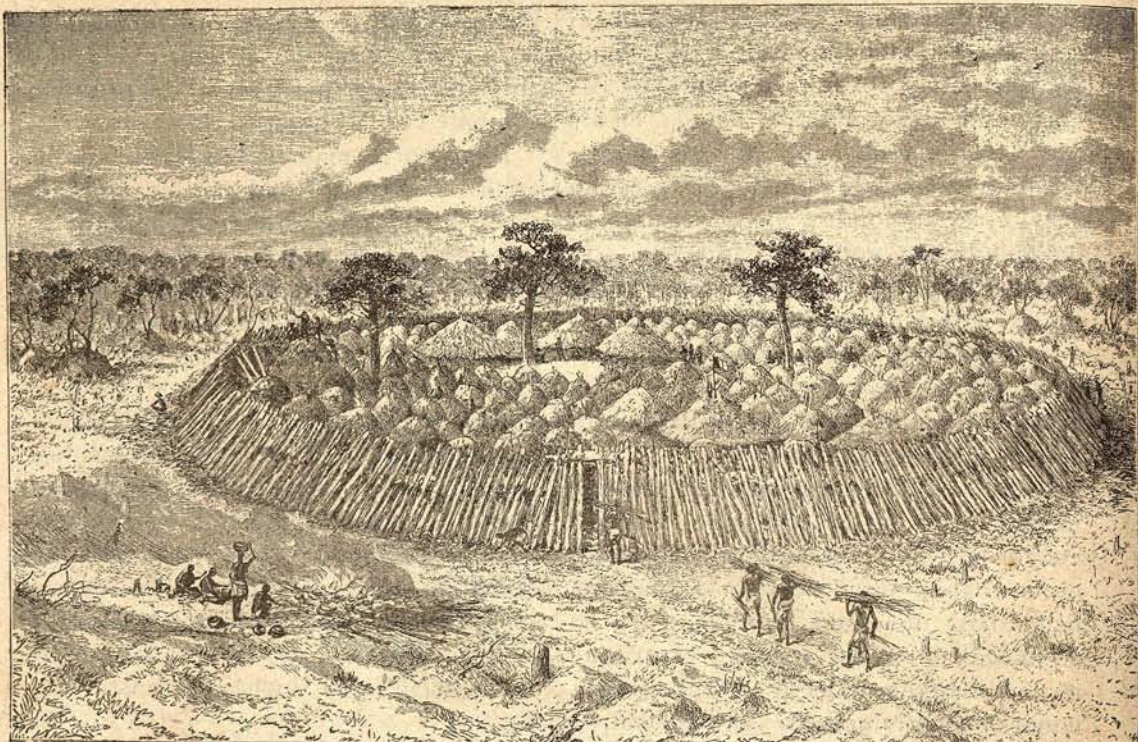
Bajo la influencia de tales impresiones, era natural que Bombay se mostrase reacio á la órden que le dí de ir á ocupar su puesto; y en cuanto á mí, confieso que el haber tenido que esperarle seis horas me había puesto de muy mal humor. Bastó pues una palabra y una mirada suya para que mi bastón cayera con furia sobre sus espaldas, y creo que el procedimiento era el más apropiado para vencer la resistencia, pues al duodécimo palo me pidió perdón diciendo que era la primera vez que faltaba.

*
* *

Dime por satisfecho, y hecha la señal de marcha, avanzó el guía seguido de cuarenta y nueve hombres, cargado cada uno con su fardo, un fusil, un hacha, un saco de municiones y una olla.

El principio de la marcha fué triste; todos guardaban el más profundo silen-

cio; pero cuando estuvieron en medio del camino, con las banderas desplegadas, viendo como flotaban sus mantos rojos á impulsos de un furioso viento noroeste, debieron pensar que ofrecían un espectáculo imponente, emprendieron una marcha marcial. El gigantesco Ma-



UN PUEBLECILLO EN EL INTERIOR

ganga hablaba de desafiar él solo á Miramba y á sus mil guerreros: Khamisi imitaba el paso del león, y Oulimengo, siempre burlón, los movimientos cautelosos del gato. Este último fué el primero en romper el silencio; habíase encargado por su propia autoridad de las funciones de guía, á la vez que las de porta-estandarte, pues estaba en la persuasión, así como todos los demás, de que la bandera de los Estados-Unidos debía atemorizar al enemigo. Dominábale al parecer una

ciega confianza; sintióse luego poseído de valor, entusiasmóse por último y volviéndose de pronto hácia los cuarenta y nueve hombres, les gritó:

—¡Hoe, hoe!

—¡Hoe, hoe! repitieron todos.

—¿Dónde vais? preguntó el guía.

—A la guerra, contestaron los demás.

—¿Contra quién?

—Contra Mirambo.

—¿Quién es vuestro señor?

—El Mousougou

—¡Aough, aough!

—¡Aough, aough!

Esta especie de canto estúpido duró hasta la noche, sin cambiar de tono ni de palabras, y sin interrupción.

*
**

Nos detuvimos en el pueblo de Bomlona, situado á una milla al sudoeste del Zimbili, colina que se asemeja á un fuerte destacado.

Bombay, respuesto ya del apeleo, había desechado el resentimiento que despertó en él mi cólera; y como todos se habían conducido bien, sirvióse un cántaro de cerveza para mis hombres á fin de conservar sus bríos.

Al día siguiente llegamos á Massangí, y apenas estuvimos acampados, recibí la visita de Saoud hijo de Seib ben Medjid, quien venía á decirme que los árabes me esperaban para salir de Mfouta.

Al otro día nos bastó una jornada de seis horas para penetrar en el Mfouta-Oriental.

Shaw no podía más, y se dejó caer en el camino diciendo que iba á morir. Recibí esta noticia unas cuatro horas después por uno de los rezagados; y aunque se quejaban todos de fatiga, híceles presente que era preciso ir á buscar al enfermo. La perspectiva de una buena recompensa determinó á seis de ellos á volver al bosque para buscar á Shaw, que según me habían dicho se hallaba á una distancia de siete millas.

Serían las dos de la madrugada cuando volvieron; el enfermo se había hecho llevar por todo el camino; examinéle cuidadosamente, y ví que no tenía fiebre; á mis preguntas contestó que su debilidad era extremada, y que no podía andar, ni aún tenerse á un asno. Díle un vaso de Oporto y nos fuímos los dos á dormir.

Al día siguiente nos hallábamos muy

temprano en Mfouta, punto de reunión de los árabes, donde se mandó hacer alto á todos, para que el ejército recobrase sus fuerzas con la abundante carne que se sirvió á cada uno.

*
**

El número de los combatientes y sus jefes era como sigue:

25	mestizos de Sid ben Selim.
250	esclavos de Khamis ben Abdallah.
80	” de Thani ben Abdallah.
75	” de Massoud ben Abdallah.
80	” de Abdallah ben Massoud.
250	” de Alí hijo de Seid ben Nasib.
50	” de Naser ben Massaud.
70	” de Hamed Kiniami.
30	” de el jeque Hamdan.
50	” de Seid ben Habil.
100	” de Selim ben Seif.
25	” de Soungareu.
25	” de Sarboko.
50	” de Saoud, hijo de Seid ben Medjid.
30	” de Moamed ben Mossoud.
90	” de Seid ben Hamen.
50	soldados de mi expedición.
300	” de el hijo de Mkasihoua.
125	” Metis y Vouangouana.
800	” Jefes independientes.

2555 combatientés.

Estas cifras me fueron facilitadas por Thani ben Abdallah.

*
**

De los dos mil y tantos, mil quinientos iban provistos de armas de fuego, mosquetes de chispa de dos cañones, procedentes de Francia y Alemania, y tambien se contaban fusiles ingleses y de América; llevaban además, no sólo lanzas, sino tambien grandes cuchillos, de los que

sirven para cortar la cabeza á los muertos y mutilarlos; y en cuanto á las municiones, eran muy abundantes, pues había hombre que tenía más de cien cartuchos. Los míos llevaban solo sesenta cada uno.

*
* *

El día 3 de Agosto salimos de Mfouto donde dejé todas mis mercancías; cualquiera que fuese el éxito de la lucha estaban allí seguras, y venciéramos ó no, tenía la certeza de poder continuar mi camino.

El ejército, ardiendo en deseos de combatir, se puso en marcha al son de las trompas y del redoble de cincuenta grandes cajas, con tantas banderas como jefes, y acompañado además de las bendiciones de los sacerdotes y los felices augurios de los májicos y de los astrólogos, quienes estaban muy lejos de preveer que antes del fin de la semana volvería á entrar en Mfouto aquel ejército bendecido, lamentando su derrota y la muerte de muchos jefes.

Oumanda, pueblo donde debíamos acampar, se hallaba á seis horas de marcha; mucho antes de llegar á él me había sido forzoso echarme en mi hamaca á consecuencia de un fuerte ataque de fiebre que no debía terminar hasta una hora avanzada de la noche.

Al día siguiente por la mañana, mis guerreros se untaban el cuerpo con cierto unguento májico compuesto de harina de sorgho mezclada con jugo de una yerba preciosa, cuyas virtudes conocen únicamente los adivinos indígenas.

*
* *

A eso de las seis estaba todo el mundo dispuesto, y oí pronunciar el siguiente discurso:

«¡Escuchad, hijos de Mkasihoua, hijos

del Ounzamonezi; abierto teneis el camino; los ladrones del bosque os esperan; sí, son unos ladrones porque detienen á las caravanas y las saquean, se apoderan de vuestro marfil y matan á vuestras mujeres. Pero mirad! con vosotros están los árabes, con vosotros está el Vouah, del gran sultan de Zanzibar; con vosotros el hombre blanco, y el hijo de Mkasihoua! ¡Id á combatir; matad al enemigo; apoderaos de sus esclavos, de sus telas y de sus ganados!»

Un grito salvaje acogió aquella belicosa arenga; abriéronse las puertas del recinto; y los guerreros, vestidos de azul, rojo ó blanco salieron saltando como gimnastas, y haciendo salvas con sus fusiles, cual si quisieran atemorizar á los que les esperaban, detras de la estacada de Zimbiso, uno de los feudatarios de Mirambo.

Hallándose Zimbiso solo á cinco horas de marcha de Oumanda, pudo estar el ejército á las once á la vista de las fortificaciones; detúvose en el lindero de los campos cultivados que rodean el campo y los burgos, y diéronse las mas severas órdenes por todos los jefes para que no se disparase un tiro ántes de hallarse á la distancia conveniente del recinto.

*
* *

Khamis ben Abdallah, ocultándose en los bosques, fué á colocarse con los suyos al Oeste del pueblo; los Vouyamonezi, apoyados á su derecha por Saoud y á la izquierda por el hijo de Habid tomaron posición delante de la entrada principal; mientras que Abdallah, Massoud y yo debíamos atacar la puerta de levante. Escepto por el Norte, Zimbiso quedaría completamente cortado.

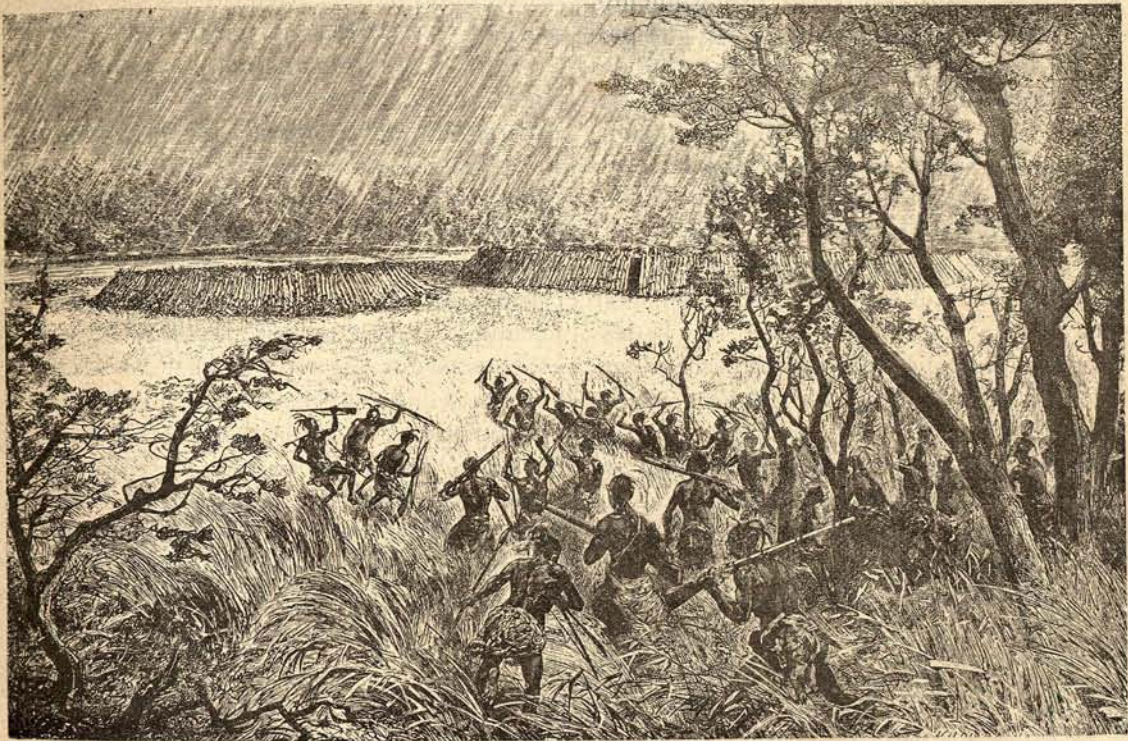
Cuando desembocábamos para ir á ocupar nuestro puesto, hiciéronnos una nutrida descarga, á la cual contestaron los

nuestros con vigor; y hasta diré que mis soldados quemaban los cartuchos más deprisa de lo que yo deseaba.

Nada más risible que ver aquellos tiradores saltando de un lado para otro, hacia adelante y hacia atrás, con la agilidad de una rana; más á pesar de todo la lucha era formal y habiendo disminuido el

fuego de los contrarios, nos precipitamos hacia la fortaleza por todas partes á la vez; hundiéronse las puertas y escalóse la empalizada; mientras que los pobres habitantes huían presurosos perseguidos por los cazadores más ágiles y bajo el fuego de las carabinas.

Zimbiso tenía realmente buenas forti-



EXPLORANDO

ficaciones, y sólo se hallaron unos veinte muertos, pues los defensores se protegieron muy bien detras de su recinto contra el fuego de nuestras tropas.

Dejáronse en Zimbiso fuerzas suficientes y se continuó la marcha: una hora después habían caído en nuestro poder otros dos pueblos donde entraron nuestras tropas á sangre y fuego, saqueándolo todo.

Algunos colmillos de elefante, unos cincuenta esclavos y grano en abundancia fueron el botin de los árabes.

*
**

Al día siguiente, setecientos hombres recorrían el país asolándolo todo hasta *Voulyankourou*. Saoud ben Seid partió

al otro día con quinientos hombres para atacar este último burgo, donde se suponía que estaba Mirambo; y otro destacamento se dirigió hácia las colinas, cubiertas de bosques que se elevan al norte de *Zimbiso*, á poca distancia del pueblo; habiendo encontrado en el camino á un enemigo que dormía, cortáronle la cabeza, con la misma tranquilidad que si hubiese sido un carnero.

Entre tanto, un tercer destacamento, marchando por el sur, encontró una partida de batidores enemigos á los que derrotó completamente, noticia que se supo en *Zimbiso* hácia el medio día.

Por la mañana había ido yo á buscar á Ben Selim para decirle que era de la mayor urgencia incendiar las altas yerbas del bosque, en las cuales podría ocultarse muy bien el enemigo; pero al volver me acometió de nuevo la fiebre, y la desgracia quiso que se descuidara mi advertencia. Sin embargo, antes de echarme recomendé á Shaw y Bombay que no permitiese á ninguno de mis hombres salir del campamento; luego supe que las dos terceras partes habían marchado á *Vouilyankourou*.

A las seis llegó de *Zimbiso* una noticia terrible; todos los árabes que iban con *Saoud*, y más de la mitad de sus soldados, habían sido muertos: mis hombres volvieron á entrar apresuradamente, y supe que cinco de mis compañeros entre los que se contaban Barati, Culedi, el antiguo servidor de Grant, y *Mabrouki*, se contaban en el número de aquellos.

*
**

Hé aquí lo que había sucedido: los árabes se apoderaron muy pronto de *Vouilyankourou*, que se resistió poco; Mirambo y su hijo estaban sin embargo allí; pero lejos de sostener el sitio, abandonaron la plaza á los vencedores. Terminado el

saqueo, volvían estos muy tranquilos, con más de cien colmillos de elefante, dos ó trescientos esclavos, y sesenta fardos de tela, cuando Mirambo y sus guerreros ocultos en las yerbas de cada lado del camino, saltaron bruscamente cayendo de improviso sobre los que iban ya cargados de botín. El valeroso *Saoud* mató á dos hombres con sus dos tiros, y ya cargaba su fusil de nuevo cuando una azagaya le atravesó de parte á parte: todos sus amigos sufrieron la misma suerte.

Aquel repentino ataque por parte de un enemigo á quien creían haber derrotado, espantó de tal modo á nuestros hombres, que arrojando sus tesoros, se dispersaron en los bosques, y no llegaron á *Zimbiso* sin hacer grandes rodeos.

El efecto de aquella noticia fué indescriptible; no hubo medio de dormir, pues las mujeres lloraban ruidosamente á sus esposos, y durante toda la noche se estuvieron oyendo sus lamentos, mezclados con las quejas de los heridos, que á duras penas pudieron arrastrarse entre la yerba. Hasta por la mañana llegaron los fugitivos pero no apareció ninguno de los hombres que me faltaban.

*
**

Al otro día, en vez de extenderse para reparar el desastre, los árabes se acusaron mutuamente de haber encendido la guerra cuando no se habían agotado las vías diplomáticas. El consejo celebró varias sesiones, en las cuales se habló de retirada. *Khamis ben Abdallah*, indignado al ver la cobardía de sus compatriotas, protestó con la vehemencia de un monarca que recibe un insulto; pero su elocuente delirio no impidió que tuviera en su contra mayoría de votos. Bien pronto cundió el rumor de este resultado, que acabó por desmoralizar á las tropas.

Yo envié á decir á los árabes que aque-

llo era invitar á Mirambo á que llevase la guerra, hasta el *Oumyanyembé*; que era preciso continuar la campaña, y que teníamos aún suficientes fuerzas para ello. No pude hacer más, pues á poco me acometió nuevamente la fiebre. Dormía pesadamente, cuando á eso de la una y media, me despertó Selim, diciéndome: «Levantaos, señor, todos, todos huyen.»

Ayudado por Selim, me vestí presuroso; acerqueme á la puerta y ví á Thami ben Abdallah que con los ojos extraviados me gritaba: «Vamos pronto; Mirambo llega.»

Khamis se iba también, él, que hubiera debido retirarse el último. Dos de mis hombres se disponían á seguirle; pero mandé á Selim que cogiese mi revólver y les obligase á volver.

Shaw, por su parte, se había apoderado de mi silla de montar y la ponía sobre su asno, disponiéndose á dejarme allí plantado, sin inquietarse de lo que pudiera sucederme: sólo me quedaban Bombay, el hermano de Mabrouki, Chanda, que comía tranquilamente, y otros 4 individuos. ¡Siete individuos sólo! de los cincuenta con que contaba, cinco habían muerto; Selim me traía dos, los demás habían emprendido la fuga.

*
**

Mandé á Selim que preparase mi asno, y á Bombay que ayudase á Shaw á ensillar el suyo: un momento después estábamos ya en camino; mi gente volvía de continuo la cabeza, para ver si el enemigo llegaba, haciendo tomar á los asnos un trote muy descompuesto.

Yo sufría tanto, que hubiera deseado morir; pero en el fondo, todavía era dulce la existencia para mí, pues no había perdido del todo la esperanza de llevar á cabo la comisión que se me confió; era

necesario vivir por lo ménos hasta entonces.

¡Cuántos pensamientos, cuántos proyectos se agitaron en mi mente enardecida por la fiebre, durante las prolongadas horas de aquel trayecto nocturno.

Shaw cayó en medio del camino, y á pesar de mis súplicas no quiso levantarse; yo no comprendía que aquel hombre no tuviese dominio para vencer su desesperación lo mismo que yo; mandé que le montaran en mi asno, sosteniéndole un hombre á cada lado, y proseguimos así nuestra marcha á través de las tinieblas.

*
**

Era ya media noche cuando llegamos á *Mfouto*: al oírse nuestra voz, abriéronse las puertas, y estuvimos de nuevo seguros en aquel pueblo, de donde habíamos salido tan belicosamente, para volver con tanta cobardía.

Allí encontré á mis fugitivos, que habían llegado todos, antes de terminar el día.

Oulimengo, aquel que estaba tan orgulloso de sus armas, tan confiado en nuestras fuerzas y tan seguro de la victoria, no había necesitado más que seis horas para hacer una marcha que en tiempos normales le hubiera costado doce. *Chouperch*, á quien yo creía el más fuerte de todos, llegó media hora después que el guía: Khamisi, el hombre prendado de su traje y de su facilidad en el decir, se presentó el tercero, y los servidores de Speke se mostraron todos á cual más cobardes. Un individuo sólo, el árabe de Jerusalem, mi Selim que era un adolescente, fué hasta el fin fiel y valeroso. Shaw, aunque de raza europea, dió pruebas de tener un alma tan baja, sino más vil que la de los negros á quienes tanto despreciaba.



—¿Por qué no me habeis dejado morir, salvándoos con los demás? pregunté á Selim.

—¡Oh señor! contestóme ingénuamente, porque hubiera temido que me pega-seis.

CAPÍTULO DÉCIMOPRIMERO

MOTIVOS DE QUEJA. — VACILACIONES. — APUROS. — POSICIÓN DE LIVINGSTONE. — MUERTE DE FARQUHAR. — SITIO DE TABORA. — FORMACIÓN DE LA NUEVA CARAVANA. — APATÍA. — PREPARATIVOS. — BANQUETE DE DESPEDIDA.

NINGUNO de los jefes árabes pensó que pudiera tener contra ellos motivo alguno de queja, ni se les ocurrió que me asistiera el derecho de formalizarme por su cobarde abandono, tratándose de un hombre cuyo concurso había sido puramente amistoso. La primera vez que volví á verlos, halláronme como si no hubiera el menor motivo para que estuvieran interrumpidas nuestras relaciones.

Sin embargo, era preciso que yo les hablase, y principié por decirles, que siéndoles la guerra personal, y habiendo abandonado mis heridos y enfermos, no pensando más que en sí mismos, no debían contar con mi alianza. Añadíles después que con su manera de pelear habían necesitado cinco años para triunfar de Mououa-Sera; que los blancos se batían de otro modo; que yo sabía lo que eran guerras, y que jamás había visto huir á los míos al primer descalabro, sobre todo de una plaza fuerte como Zimbiso y por un motivo tan leve. Por últi-

mo, terminé diciendo, que al retirarse llamaban al enemigo á su casa; que en mi concepto necesitaban más de un año para vencer á su enemigo, y que yo no podía perder más tiempo.

Afirmáronme unos después de otros que no había sido su intención abandonarme; y que me creyeron fuera del alcance, porque los Vouanyamonezi habían gritado: «¡El Mousongou se vá!» y que al oír esto emprendieron sus gentes la fuga sin ser posible ya reunirlos.

Aquel mismo día emprendieron la marcha para Tabora, que dista veintidos millas de Mfouto: como yo no tenía tanta prisa, no partí hasta el día siguiente; y llevando todos mis bagajes, llegamos á Kouihara tres días después de nuestra fuga de Zimbiso.

El extracto de mi diario dará á conocer mejor que todo cuanto pudiera decir, cual era entonces el estado de mi espíritu.

Kouihara 11 de Agosto de 1871.—Hoy llego de Zimboli, pueblo de Bomboma; ¡qué desengaño! estoy casi abatido; pero me queda un consuelo, y es el de haber cumplido mi deber con los árabes, deber que me imponía el reconocimiento. Ahora que he pagado mi deuda, puedo continuar la marcha. Y no es poca cosa haber salido del paso á tan poca costa, pues pudo haberme costado la vida, lo cual hubiera sido un justo castigo por tomar parte en cosas que no me incumben. Sin embargo, además de la obligación en que estaba de apoyar á los árabes, aunque sólo fuera por la acogida que me hicieron, era necesario abrirme paso: á treinta días de marcha de aquí está el camino cerrado: y si con mi concurso se podía conseguir que la vía quedase libre, no debía negarme.

Dos veces se ha tratado de pasar, y otras tantas ha sido forzoso volver; está el camino decididamente interceptado, y habrá que tomar otro; pero no sé cual. En el Norte están los Vouasouhi y la madre de Mirambo, sin hablar de los Vouatouta, aliados de éste y ladrones de caravanas. El camino del Sur parece más practicable; pero pocas gentes le conocen, y las personas capaces de darme informes, aseguran que la falta de agua y los Vouazavira son dos grandes obstáculos, añadiendo que los pueblos escasean y están muy distantes unos de otros.

Sin embargo, antes de tomar un camino cualquiera es preciso buscar conductores, pues los míos se consideran como libres del compromiso; su expedición á Mfouto y la pérdida de cinco de ellos ha resfriado su afición á los viajes; no se debe contar con los Vouanyamonezi, porque no salen nunca en tiempo de guerra.

Mi posición es de las más críticas, y á fé que tendría buena excusa para volver á la costa; pero después de tantos des-

embolsos y de haberse cifrado en mí tantas esperanzas, no puedo hacerlo; mi conciencia me lo prohíbe; debo morir antes que volver.

*
**

12 de Agosto.—Mis pagazis me han abandonado como yo lo preveía, diciéndome que yo los tomé á mi servicio para ir al Oujiji por el camino ordinario, y como esto no era posible, se creían libres de todo compromiso.

Sólo me quedan trece hombres de mi primera gente, y no sé que puedo hacer con tan pocos individuos, teniendo más de cien cargas en el almacén, sin contar con los fardos del Doctor, que ascienden á diez y siete, además doce grandes cajones. La gente de su caravana continúa ociosa y comiendo de lo mejor que hay en la provincia.

Si Livingstone está en Oujiji, no podrá salir de este punto, así como yo tampoco de Ounyanyembé; la guerra que me detiene en Kouihara le cierra el camino de Zanzibar y la pobreza no le permite ir por el Nilo. Con fuerzas suficientes, podría ir en busca de Baker, atravesando varios distritos hasta llegar á Gondokoro; mas no puede formar caravana porque sus valores están juntos con los míos; y por mucha que sea su energía, no le es dado atravesar el Africa sin medios de subsistencia.

Según me ha dicho un hombre que he visto esta mañana, al dirigirse el sabio explorador hácia Tanganika, encontró la caravana de Seid-Ben-Omar, que iba á Oulamba. Precisamente entonces corría el rumor de que había sido asesinado; viajaba con Mohammed-ben-Gherih, quien halló al Doctor en el país de Asi-Cambi y ambos fueron á Mauyema, provincia que dista cuarenta jornadas de la orilla Norte del Nyassa. Livingstone

viajaba á pié y vestía un traje de percal americano; acababa de perder todas sus telas en la travesía del Liemba, y hallábase en este lago con tres piraguas, en la una marchaban sus cajas y varios hombres, él montaba otra con sus criados y dos pescadores y la tercera, en la que llevaba sus telas, naufragó. Desde Nyassa habíase trasladado á Oubissa, y luego á Ouhemba y Ouroungou. Cubría su cabeza una gorra é iba armado de dos revólvers, una carabina de dos cañones y balas explosivas.

*
**

13 de Agosto.—Hoy ha llegado una caravana procedente de la costa y su jefe acaba de anunciarme la muerte de Farquhar y del cocinero que se quedó con él. Mi primer pensamiento fué un deseo de venganza, pues sospechaba que Lencolé se había librado de su huésped por medio del veneno ó de otro modo cualquiera; pero la conferencia que acabo de tener con el jefe ha disipado mi error. Farquhar sucumbió poco tiempo después de nuestra separación, á consecuencia de la terrible enfermedad que le impidió seguirnos. Parecía, no obstante, que ya estaba mejor y, según dijo, podría marchar; pero al querer levantarse cayó de espaldas y murió.

De los tres europeos que éramos en la expedición había perecido ya uno: ¡quién le seguiría de los dos que quedábamos!

*
**

14 de Agosto.—Acabo de escribir varias cartas: Shaw ha estado muy enfermo toda la noche, pero no creo que tenga fiebre; me parece que su mal consiste más bien en una crisis aguda resultante del venéreo. Yo no tengo medicamentos para estas afecciones y por lo tanto ha

sido preciso enviar á buscarlos. Tres de mis hombres acaban de marchar á Zanzíbar, seducidos por la promesa de darles cincuenta duros á cada uno, á su vuelta, si hacen el viaje con rapidez.

*
**

19 de Agosto.—Mis soldados se ocupan en ensartar abalorios, y Shaw sigue en cama; dícese que Mirambo se dirige hácia Ounyanembé; varios árabes han marchado esta mañana á Mfouto con sus esclavos, á fin de traer la pólvora que Seid-ben-Selim había dejado allí.

*
**

21 de Agosto.—A eso de las diez de la mañana, cuando nos ocupábamos mis hombres y yo en formar abalorios, hemos oído varias descargas en la dirección de Tabora y al asomarnos á la puerta nos han dicho que Mirambo, seguido de dos mil hombres, atacaba á la ciudad por un lado, interín que otros mil aliados suyos, atraídos por la esperanza del saqueo, la asaltaban por otro.

Hácia la hora del mediodía han llegado numerosos fugitivos para pedirnos protección y nos han dicho que acababan de ser muertos cinco árabes de los más notables, contándose entre ellos el valeroso Khamis-ben-Abdallah. He aquí los detalles tales como me los han referido. Al oírse el primer disparo, Khamis, que estaba en su casa con varios amigos, subió al terrado y miró con su anteojó hácia el sitio donde resonaban las descargas. Con gran sorpresa vió la llanura cubierta de salvajes que avanzaban presurosos; y cerca de Kazima distinguió una tienda de campaña que no pudo desconocer, pues era la misma que los árabes regalaron á Mirambo en la época en que estaban en buenas relaciones con él.

Khamis bajó al momento y dirigiéndose á los que allí estaban les dijo: «¡Vaya-

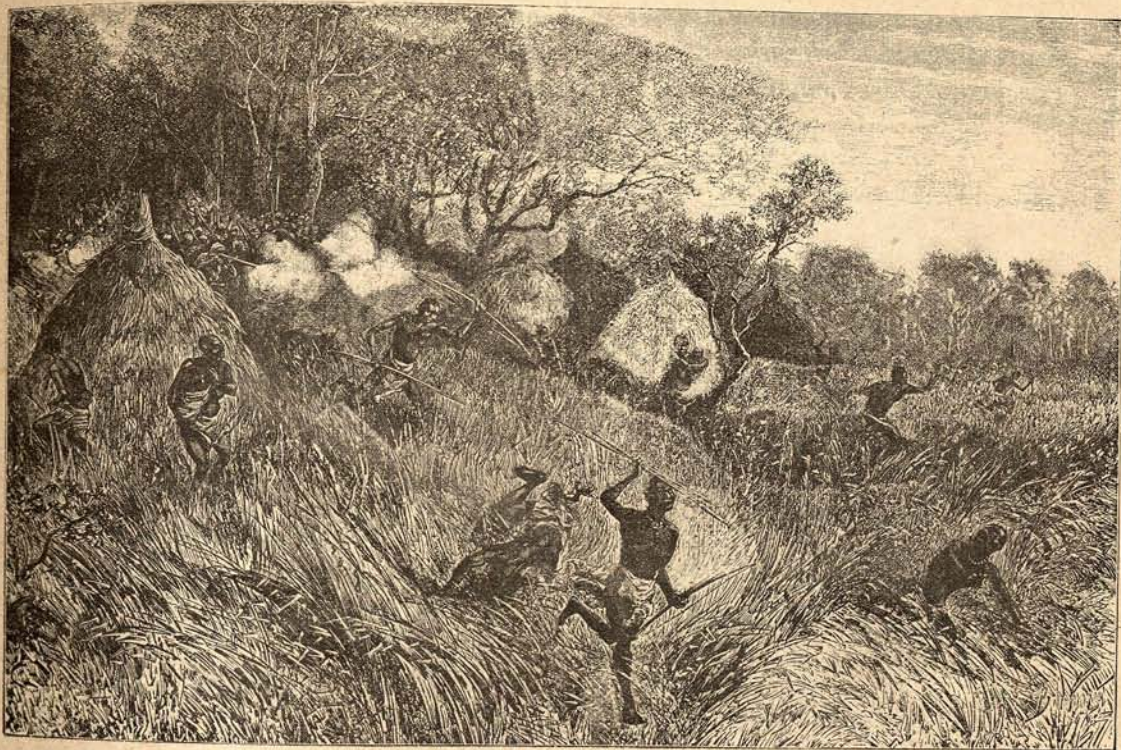
mos á su encuentro, armaos y marchemos!»

Sus amigos le aconsejaron lo contrario, que no saliese, diciéndole, con razón, que detras de sus murallas nada tenía que temer; pero Khamis contestó violentamente;

»¡Yo encerrarme aquí por temor á ese miserable! ¿Quién viene conmigo?»

*
**

El pequeño Khamis, un niño prohijado por el árabe, pidió permiso para se-



POR ASALTO

guirle como escudero; Mohammed ben Abdallah, Ibraín ben Naschid y Seif ben Alí, todos jóvenes y de buena familia, se ofrecieron también para acompañarle.

Khamis armó apresuradamente á ochenta esclavos, y sin escuchar los prudentes consejos de sus amigos, que hacían lo posible por retenerle, salió al encuentro de Mirambo: este último, no menos astuto que audaz, dió la orden á su gente de retroceder poco á poco. Engañado Khamis por aquella maniobra,

arrastró á los suyos en persecución del enemigo; pero de pronto le hizo frente Mirambo y lanzando sus guerreros contra el reducido grupo procuró envolverle.

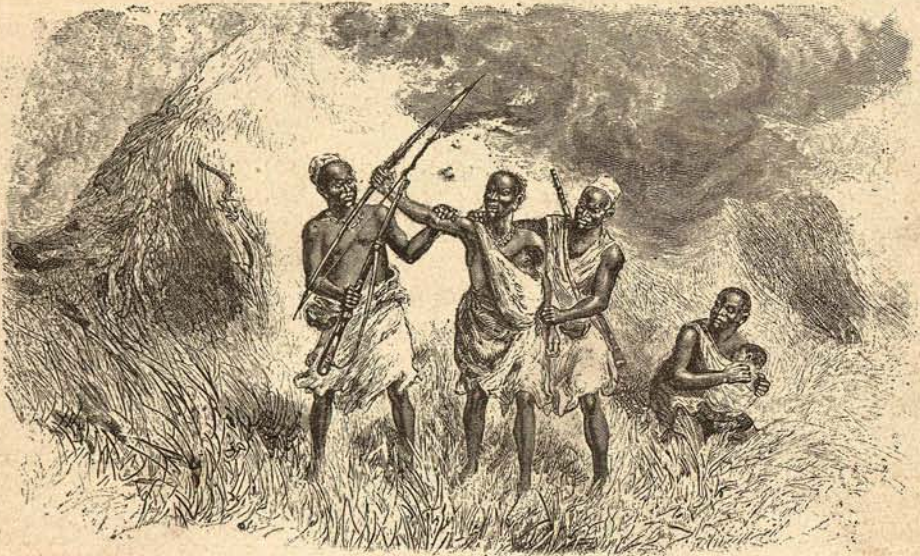
Los esclavos de Khamis emprendieron al punto la fuga sin mirar siquiera atrás, y entonces rodearon los salvajes á los árabes. Khamis, que marchaba el primero, recibió un balazo en una pierna y cayó de rodillas; mas aunque vió que los suyos huían, á pesar de su herida con-

tinuó defendiéndose, hasta que una bala le atravesó el corazón. Al verle caer el pequeño Khamis, gritó: «Mi padre adoptivo ha muerto; yo quiero morir con él.» Y así diciendo comenzó á batirse desesperadamente, pero bien pronto recibió el golpe mortal. Poco después no quedaba vivo uno solo de los cinco árabes.

*
* *

Por la noche me han dado más infor-

mes: he sabido por varios de los combatientes que vieron los cadáveres, que al del valiente Khamis, que era un hombre de belleza magestuosa, le habían arrancado la piel de la frente y de la parte inferior del rostro, así como también la barba, cortáronle después la nariz, la grasa que cubre el estómago y el abdomen, las partes sexuales y un pedazo de cada talón: con los cuerpos de los otros árabes se procedió del mismo modo. Estas mutilaciones, practicadas



UN PRISIONERO

por los salvajes aliados de Mirambo, son dirigidas por los mágicos que con estos pedazos de carne componen una droga destinada para los guerreros. Echan en el arroz cierta cantidad de la extraña posición, y aseguran que tomándola con fe se llega á ser invulnerable, no debiendo temerse ya los proyectiles de ninguna clase.

Triste cosa es ver á Tabora entregada á las llamas, y á sus habitantes huyendo en todos sentidos.

Viendo que mis hombres estaban dispuestos á defenderse he mandado abrir troneras en las paredes de nuestro tembé; el trabajo se ha hecho muy pronto, y nuestra morada ha adquirido tan buen aspecto de defensa que mis gentes están muy animadas. Varios indígenas bien armados acaban de solicitar que les admita; la gente de Livingstone se ha reunido con la mía; y esta tarde tengo en el patio ciento cincuenta hombres, distribuidos en todos los puntos donde se puede te-

mer un ataque. Mirambo ha prometido venir mañana á Kouihara: Dios quiera que llegue y se ponga al alcance de mi carabina, pues tal vez le haré saber cual es la fuerza de una bala americana.

*
**

23 de Agosto.—Hemos pasado un día muy triste; todos están inquietos y no separan la vista de la dirección de Tabora. Dícese que sólo tres tembés han resistido el ataque. La morada de Abid, está completamente destruida, y han caído en poder del Bonaparte africano más de doscientos colmillos de elefante.

Mi tembé se halla en un estado de defensa cuanto permite el género de construcción y los medios de que dispongo: el recinto presenta una línea continuada de troneras; las chozas indígenas que nos impedían observar las inmediaciones han sido arrasadas, y los árboles y las yerbas cortados. Tenemos agua y víveres para seis días, y municiones para quince. Comprendo que cuatrocientos europeos darían pronto cuenta de nosotros, y que una cuarta parte lo conseguirían también con artillería; pero no creo que diez mil africanos sean capaces de apoderarse de nuestra fortaleza. Las paredes tienen tres piés de espesor y las habitaciones están dispuestas de manera que unos hombres desesperados se podrían defender hasta el último trance.

Los árabes que están á mi alrededor se esfuerzan por parecer valerosos; pero es evidente que tienen la muerte en el alma. He oído decir que si el enemigo se apodera de Tabora, marcharían todos en masa abandonando el país á Mirambo. Si tal es su plan y lo efectúan, no me veré en poco apuro. De ambos modos estoy decidido á que Mirambo no se utilice de mis efectos ni de los de Livingstone. Si los árabes se van, pegaré fuego

á la casa y á todo lo que contiene; pero ¿qué será de Shaw en semejante crisis? Ninguno querrá cargar con él para salvarle.

*
**

24 de Agosto.—La bandera americana flota siempre en nuestro tembé; y los árabes todavía permanecen en el país.

A eso de las diez llega un emisario de Tabora para preguntarme en su nombre si no iré á prestarles auxilio. He tenido vivos deseos de ello; pero después de reflexionarlo maduramente y de pesar las probabilidades en pro y en contra, examinando si sería prudente exponer mi vida por una causa que no lo merece, y en perjuicio de ajenos intereses, he contestado que no; que los árabes no tenían nada que temer si permanecían en sus moradas; que me gustaría mucho me enviasen al enemigo á Kouihara, porque entonces me entendería con él; pero que yo no iría á su encuentro.

Se asegura que Mirambo y su teniente llevan parasoles, añadiéndose que este temible jefe tiene el cabello largo y la barba como la de un pagazi. Si su ejército se presenta, todos cuantos tengan aquel distintivo servirán particularmente de blanco á nuestros tiros. Según la creencia general, debiera yo fundir una bala de plata; pero no hay medio de hacerlo, porque no tengo más que oro.

A mediodía, dejando el tembé custodiado por unos cien hombres, he ido á ver á Ben Nasib, anciano jefe que me pareció siempre filósofo, pues era muy sentencioso, amante de los aforismos y de un carácter en extremo prudente. Me ha sorprendido encontrarle casi desesperado; ya no se acuerda de sus aforismos y le había abandonado su filosofía, no pudiendo conformarse con su mala fortuna. Me ha escuchado con el aspecto de

un hombre moribundo, más bien que dispuesto á defenderse. Le he cargado un cañoncito que tiene con balas y metralla, aconsejándole que no lo dispare hasta que el enemigo se halle á su alcance.

Cuatro horas después he sabido que Mirambo se acaba de atrincherar en Kasima, que se halla á dos millas de Tabora, en la parte noroeste.

Los árabes han marchado esta mañana con intención de atacar al enemigo, y no han hecho nada, sólo porque Mirambo les pidió un día de tregua para comer los víveres que les había cogido; ha tenido la imprudencia de rogarles que volviesen al día siguiente, añadiendo que estaría dispuesto á batirse y á darles la revancha.

Nuestro pueblo ha recobrado su aspecto tranquilo; los fugitivos no se oprimen ya en sus estrechos límites.

*
**

27 de Agosto.—Mirambo se ha retirado esta noche; cuando los árabes volvieron á situarse delante de Kasima, habíase ya evacuado la plaza.

Todos los días hay consejos de guerra y belicosas sesiones, á las que parecen muy aficionados nuestros jeques. No he conocido hombres más activos para los discursos y más lentos al propio tiempo en sus actos. Hablaban de invadir los estados del enemigo, y éste es el que ha entrado en sus casas á sangre y fuego, matando á los árabes más nobles.

Mientras discuten y peroran, el camino de Oujiji y el de Karagohué se cierran cada vez mas para su comercio. Muchos de los mas influyentes hablan de volver á Zanzíbar, diciendo que el país está arruinado. Decididamente no me inspiran ya el menor respeto.

Esperando el desenlace de la crisis, me ocupo de mis propios asuntos aunque

con poco resultado. A falta de Vounyamonezi, estoy en tratos con unos Vouangouana establecidos en el Ounyanyembé, y ofrezco á cada uno treinta dotis ó sea el triple de lo que se les dá generalmente, pues en tiempos normales varía el precio de cinco á diez dotis por el mismo trayecto. Mi intención es dejar en Kouihara sesenta ó setenta cargas y casi todo mi equipaje personal, del que solo tomaré una manta de viaje; pero aun haciéndolo así necesitaré á lo menos cincuenta hombres.

*
**

28 de Agosto.—No hay noticia de Mirambo.

Shaw se ha levantado ya. Ben-Nasib ha venido á visitarme; ya no filosofa tanto.

Después de estudiar el país, he resuelto tomar el camino del sur y dirigirme á Tanganika, atravesando el norte del Oukonongo y el del Oukahouendi. He dado á conocer á Ben-Nasib mi resolución.

*
**

29 de Agosto.—Shaw ha trabajado un poco. ¡Ay de mí! mucho temo que esta maldita guerra dé al traste con todos mis planes tan bien combinados y mis proyectos de atravesar el Victoria N'Yanza, bajando por el Nilo. Ya se han perdido dos meses. Los árabes no acaban de decidirse nunca; todos sus actos se reducen á presentar proposiciones, celebrar conferencias y pronunciar discursos, mas numerosos ya que las yerbas del valle; solo les falta obrar.

*
**

3 de Setiembre.—Acabo de recibir de Zanzibar un paquete de cartas y diarios que me envía el capitán Webb. Muy satisfactorio es para mí que mis amigos de América se acuerden de una persona ausente, perdida en un extremo del mundo: según me dicen ninguno me cree en la

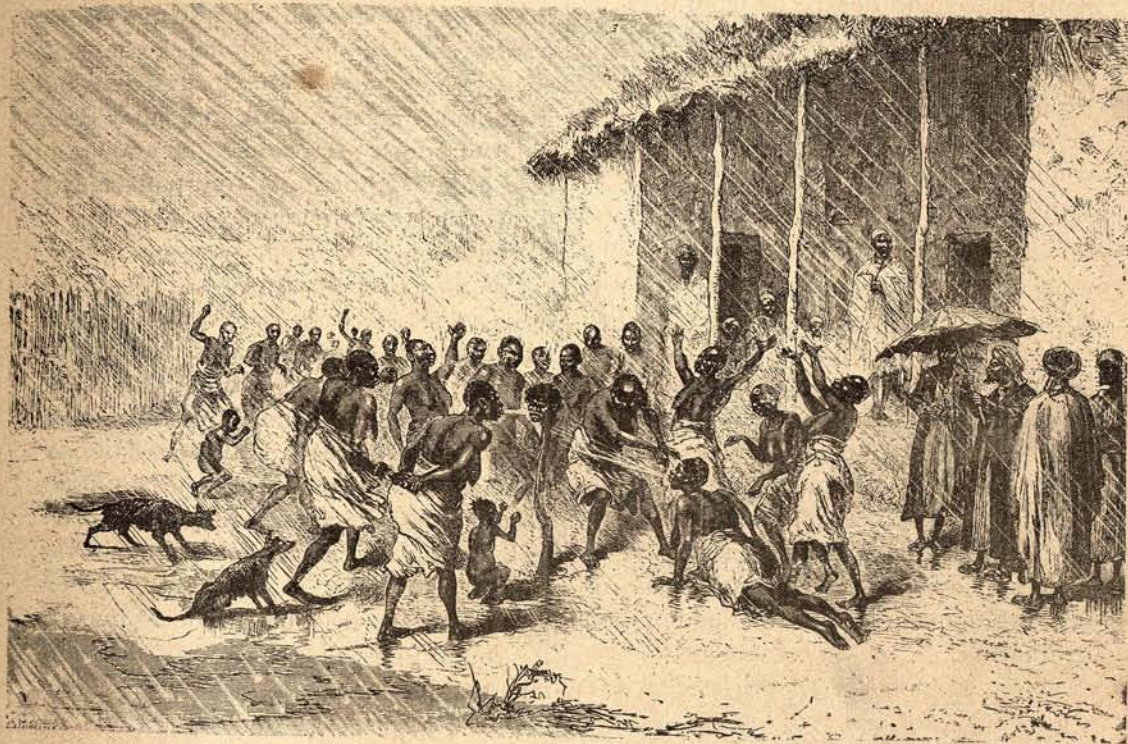
tierra africana y piensan que no he llegado todavía.

*
**

He rogado hoy á Ben-Nasib que autorice á la caravana de Livingstone para

dirigirse conmigo, pero ni siquiera ha querido escucharme, diciendo que corría á una muerte segura.

Nuestra caravana se compone hoy de 36 personas, á saber: 2 blancos—1 jóven árabe—1 indi—29 Vouangouana—1 muchacho de Sonda (provincia de Cazem-



HORRIBLE VENGANZA

be)—1 muchacho de Ouganda—1 de Ouhouemba ó Liemba.

*
**

8 de Setiembre.—Esta noche ha reinado una grande alarma á consecuencia de oirse ruidosas descargas por la parte de Tabora y Ben-Nasib ha recibido una carta de un árabe de Mfouto, en la cual le anuncian que Mirambo se ha presentado á la vista de los muros de aquella plaza, recomendándole que nos ponga-

mos á la defensiva porque parece que si Mfouto cae en poder del enemigo, marchará directamente sobre este punto.

*
**

9 de Setiembre.—El enemigo ha sufrido ayer una derrota; habíase apoderado primero por asalto de un pueblecito y fué rechazado ante los muros de Mfouto: ha perdido trescientos de sus principales feudatarios y despues de verse en la precisión de levantar el sitio le han perseguido hasta el bosque de Oumanda,

donde su ejército ha sido completamente derrotado, huyendo el mismo Mirambo del campo de batalla. Acaban de llevar á Kouï-Kourou las cabezas de los jefes enemigos muertos en la pelea.

*
**

15 de Setiembre.—Van á cumplir tres meses que estoy aquí; mas espero que habré marchado dentro de ocho días.

He pasado todo el día eligiendo los géneros que debemos llevar, á fin de que los empaqueten y he reducido la carga de cada hombre á cincuenta libras, en la confianza de que así será la marcha mas rápida.

*
**

16 de Setiembre.—Nuestros preparativos se terminan: si Dios lo permite, estaremos de camino antes de terminar la semana; he hallado diez pagazis, dos conductores y dos guías. Si la enormidad del cuerpo humano puede inspirar temor, no hay duda que Aunani (uno de los dos guías nuevos) producirá este efecto, pues tiene mas de seis piés de altura, sin su calzado, y sus hombros ofrecen doble ancho que los de dos hombres ordinarios.

*
**

19 de Setiembre.—Un acceso de fiebre que me acometió hoy me ha obligado á suspender hasta mañana nuestra marcha. Selim se ha restablecido ya, y tambien Shaw.

A eso de las ocho he recibido la visita de Ben-Nasib, quien me ha suplicado que no marchara mientras me hallase en tan grave situación. Thani Sakhbari, que le acompañaba, ha indicado que yo necesitaría por lo menos un mes de descanso, á lo que contesté que los hombres de raza blanca no acostumbran á faltar á su palabra; que yo la había dado de marchar al día siguiente y que nada me lo impediría sino la muerte.

Son las diez; la fiebre ha cesado; todo el mundo duerme excepto yo; pienso en lo que debo hacer, y reflexiono sobre mi situación. Me domina una tristeza desgarradora; es el desconsuelo del aislamiento; no hay en torno mío simpatías ni el menor interés; hasta el mismo Shaw, un hombre de mi raza, á quien he prodigado toda clase de atenciones, no me profesa ni aun el cariño del pequeño Kaloulou.

Se necesita mas fuerza de la que yo tengo para desechar los negros sentimientos que me acosan.

CAPITULO DÉCIMOSEGUNDO

MARCHA.—PAISAJE INTERESANTE.—DESERCION.—CADENA DE ESCLAVOS.—DESTINO CONTRARIO.—MARCHA DE SHAW.—BOSQUE SIN LÍMITES.—OCCEANO DE FOLLAGE.—OUGOUNDA.—RUMORES DE GUERRA.—ENORME CAJA.—MALARIA.—DELIRIO INFERNAL.—DEBAJO DE UN SICOMORO.—MANYARA.—VISITA DEL JEFE.—ORILLAS DEL GOMBÉ.—MOTIN.

EL día siguiente, 20 de Setiembre, era el fijado para nuestra marcha. La fiebre me había dejado muy débil, y era poco razonable ponerme en camino en tal estado; pero tenía prisa por romper de una vez con los profetas de desgracias, cuyas advertencias, relatos y temores desmoralizaban á mi gente. Por otra parte, era preciso obrar así, pues había dicho á Ben Nasib que un blanco no faltaba á su palabra, y me hubiera desacreditado si por debilidad no me hubiera puesto en camino.

Pasé revista á toda la caravana delante del tembé, con banderas desplegadas; cada cual estaba junto á su fardo; y durante un momento no se oyeron más que aclamaciones, carcajadas y gritos de alegría. Los árabes se habían reunido para vernos marchar; todos estaban allí excepto Ben Nasib, á quien había ofendido sin duda mi tenacidad en no seguir sus consejos. El anciano jeque me envió á decir que se hallaba enfermo y que le era imposible despedirse.

¡Pobre jeque! si tú hubieras sabido lo que había en el fondo de esa tenacidad.

El buen hombre se consolaba, no obstante, pensando que yo debía saber mejor que él lo que me convenía hacer, lo cual no era dudoso, pues él no podía explicarse el motivo que me impelía á marchar por el poniente á través de tantos obstáculos, cuando el camino de levante estaba tan despejado.

*
* *

Cincuenta y un hombres y tres muchachos, elegidos por mí, componían aquella expedición, al parecer inútil, que iba en busca de un viajero perdido. El cargamento que se les confió se componía de mil dotis, ó sean cuatro mil metros de tela, seis cargas de bebidas, cuatro de municiones, una tienda, una cama, efectos personales, un cajón de drogas, algunos libros, dos cargas de té, azúcar y café, una de harinas y de velas, y otra de comestibles, tal como carne, sardinas en latas y cosas diversas; en paquete separado estaban los utensilios de cocina.

Todos mis hombres habían ocupado su puesto, excepto Bombay, que no había

venido aún; al fin se le encontró llorando en brazos de su dulcinea.

—¿Por qué os alejais, Bombay, le dije, cuando sabeis que vamos á marchar y que se os está esperando?

—¡Oh señor! era preciso que me despidiera de mi querida. ¿No haríais vos lo mismo?

—¡Silencio, insolente!

—¡Oh, es muy justo!

—¿Qué teneis, Bombay?

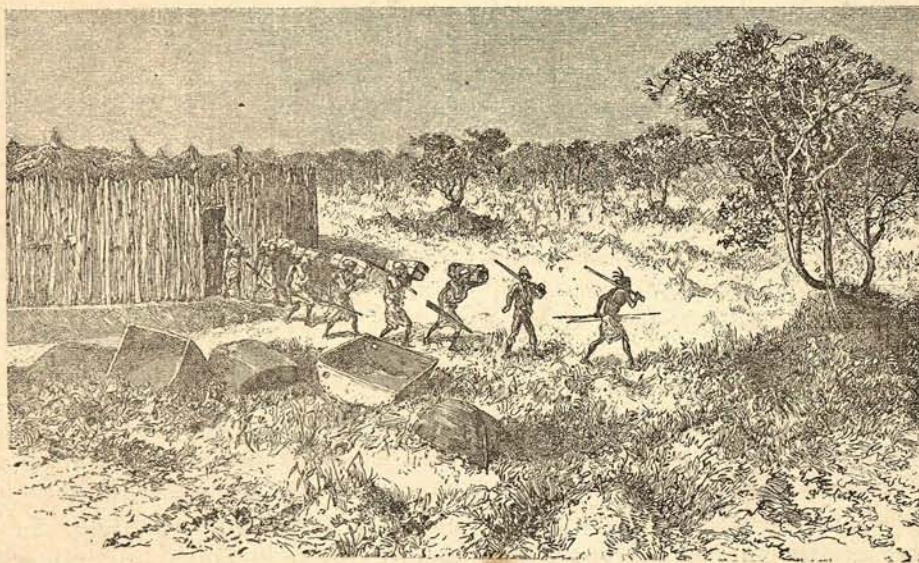
—Yo, nada.

*
* *

Comprendiendo que Bombay tenía gana de disputar, y no encontrándome yo de humor para resistir sus impertinencias delante de los árabes, descarguéle algunos latigazos, lo cual bastó para obligarle á entrar en razón, pero siendo objeto de las censuras de los jeques, mis supuestos amigos.

—¡Basta, basta! decían, no le pegueis más; el pobre hombre sabe mejor que vos lo que le espera en el camino que vais á seguir, lo mismo que todos los demás.

Si algo podía aumentar la irritación que me causó la insolencia de Bombay,



EN MARCHA

era que interviniesen gratuitamente aquellos hombres en una cosa que no les importaba. Pude, no obstante, contenerme; pero contesté muy alto que no toleraría que ninguno se mezclase en mis asuntos, á menos que no deseara disputar personalmente conmigo.

—¡No, no, bano! exclamaron todos; nosotros no queremos indisponernos con vos. ¡En el nombre de Alá! marchad en paz.

—Adios, pues, y sed felices, les dije yo tendiéndoles la mano.

—Adios, señor, adios; os deseamos to-